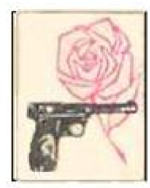


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Espionaje científico

Un satélite estadounidense cayó al mar y el espionaje mundial más selecto envió a sus agentes al lugar del aterrizaje forzoso del satélite, que se había hundido en el mar Caribe cerca de la isla Martinica, con la ambiciosa misión de apoderarse del satélite y acceder así a la supuesta fabulosa información almacenada en sus circuitos…



Lou Carrigan

Espionaje científico

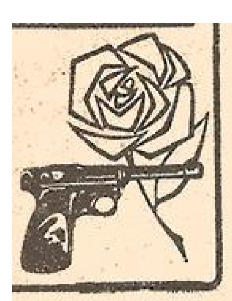
Brigitte en acción - 48

ePub r1.0
Titivillus 30.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

Lo besó en la frente, le dio una palmadita en una mejilla y se sentó a su lado, en el borde de la cama, sonriendo.

—¿De modo, tío Charlie, que resulta que es usted humano, a fin de cuentas?

Charles Pitzer, el jefe directo de Baby Montfort en la CIA, contuvo un estornudo, bizqueando un poco;

se tapaba con las mantas hasta la barbilla.

—¿Qué quiere decir? —Gruñó roncamente.

—Pues es bien sencillo: cuando alguien pilla un resfriado tan tremendo como el suyo, hasta el punto de tener fiebre y verse obligado a guardar cama, es porque es humano.

—Ya sé que usted… ¡Atchíííssss…!

—Salud —deseó Brigitte, riendo.

—Gracias. Como le decía, ya sé que usted me considera un poco monstruoso, querida. Pero es sabido que el espionaje…

—No quiero exponer teorías sobre el espionaje. Dígame para qué me ha hecho venir a la floristería. Debe de ser algo importante, supongo, para que me haya hecho correr tan gran riesgo.

—Bueno… Como ha venido otras veces, a comprar rosas rojas…

—Oh, el riesgo a que me refiero es a contagiarme su resfriado. Lo demás no me preocupa.

Brigitte se volvió al oír tras ella la risa de Simón, el ayudante de Pitzer en Nueva York. Simón era un muchacho alto, fuerte y guapo. Además, era inteligente y simpático. Todo lo cual era muy del agrado de la divina espía. No abundaban los contraespías de esa clase.

—¿He dicho un chiste, Simón? —sonrió Brigitte.

—De los buenos. Pero usted siempre…

—¡Atchíiisss…! —Estornudó Pitzer.

—Salud —rió Brigitte—. ¿Decía algo, Simón?

—Que usted siempre se ensaña con su «tío Charlie». Creo que abusa un poco de ese… ascediente que tiene sobre él. Y sepa que él la quiere mucho, Brigitte.

—Y yo los quiero a los dos —sonrió dulcemente la espía—. Ahora, antes de que yo salga de aquí estornudando, díganme qué es lo que les ha decidido a llamarme por la radio directa a mi dormitorio.

—Se trata de encontrar…, ¡atchíííssss!, un objeto que ha caído…, ¡att… attt… atchís!, al mar…

—Salud, salud, salud —dijo Brigitte con cómico aspecto de cansancio, y miró a Simón—. ¿Conoce usted el asunto, Simón?

—Claro.

—Entonces, dejemos que tío Charlie permanezca calladito y calentito y explíqueme usted lo que sea. ¿*Okay*, tío Charlie?

—*Okay*, Brigitte. Discúlpeme, pero… Adelante, Simón.

—Sí, señor. Bien, el caso es que algo ha funcionado mal en los sistemas de dirección por radio, y uno de nuestros espías ha caído al mar. Creemos que en el Caribe. Allá…

—Perdón, perdón, perdón —musitó Brigitte—. ¿Dice que uno de nuestros espías ha caído al mar? Creo no haber entendido demasiado bien, Simón.

—Oh, me refiero a uno de los espías espaciales, claro. Ya sabe, uno de esos aparatos que lanzamos al espacio para que vaya tomando fotografías de la Tierra.

—Sí, sé algo… Pero nunca me he interesado demasiado por ese sistema de enterarse de las cosas que hacen los demás. Creo que no hay nada mejor que un espía con dos piernas, dos ojos y un cerebro. ¿Usted no lo cree, Simón?

—No sé… Quizá sí. Pero el hecho cierto es que SS-Cuatro ha caído al Caribe. Y hay que encontrarlo.

—Claro. ¿Qué significa SS-Cuatro?

—«Spatial Spy-Cuatro».

—Espía Espacial número Cuatro. Magnífico. Eso quiere decir que, por lo menos, tenemos otros tres todavía en… órbita.

—Tenemos unos treinta y ocho, más o menos —sonrió Simón.

—¡Qué barbaridad! Imagino que eso debe de resultar un poco… caro.

—En total, algo así como mil millones de dólares.

—¡Mil millones de dólares en «cafeteras» que van rodando por el espacio! —exclamó Brigitte—. Bueno… Supongo que cuando nos gastamos esa fortuna en hierros que vuelan será por algo.

—Evidentemente. Todos esos satélites espías están divididos en grupos. El SS-Cuatro es el penúltimo que ha sido lanzado, y, claro, forma parte de la serie «Spatial Spy».

—Hay otras series, entonces.

—Pero no vienen al caso. El que importa, y mucho, es SS-Cuatro. Hay que recuperarlo, a fin de conseguir la información que no pudo enviarnos.

—¿Otro fallo?

—Sí.

Brigitte sonrió, se puso en pie, fue hacia la ventana del dormitorio de Pitzer, desde la cual se veía el jardín con planteles que abastecían la floristería, y allí, pensativa, encendió un cigarrillo. Se volvió de pronto.

—Dígame cómo funcionan esos chismes, Simón.

—Son colocados en órbita por un cohete, naturalmente. Luego, quedan girando alrededor de la Tierra, en órbitas establecidas cuya máxima aproximación es de ochenta millas y la mínima de unas doscientas… Se suelen calcular bastante bien esas órbitas. De tal modo que sabemos que durante el día pasan tales cuáles y satélites espías por encima de Siberia, o de China, o de Francia… Es decir, del lugar donde Francia, en África, hace sus pruebas nucleares.

—Oh… ¿Espionaje atómico?

—Digamos más bien nuclear.

—Por supuesto, algo he leído sobre estas cosas. Entiendo que nuestros satélites-espías van equipados con unas cámaras fotográficas cuyo alcance es de unas cien millas, en ocasiones.

—A esa distancia, el SS-Cuatro, puede fotografiar un balón de *rugby* en la Tierra. Con toda nitidez, Brigitte. Incluso ha enviado fotografías de personas que paseaban por la Plaza Roja de Moscú. No diremos que esas fotografías puedan servir de gran cosa, generalmente. Tenga en cuenta, además, que son tomadas desde arriba, y claro…

—Entiendo que no servirían esas fotografías para identificar a determinados personajes. Pero, en cambio, sí servirían para saber si, en determinado lugar de China, por ejemplo, hay una

concentración… inquietante de tropas.

—Exacto. Además de eso, los satélites-espía pueden fotografiar centrales eléctricas, presas, grandes construcciones, instalaciones termonucleares… Y si las órbitas se estudian bien, resultaría que en todo momento habría uno de nuestros satélites-espía allá donde conviniese… Hasta el punto de que hemos obtenido fotografías de varias explosiones atómicas subterráneas, tanto de las pruebas que hacen los rusos como de las nuestras propias. Es un sistema de espionaje nada despreciable, créame.

—Y de una envergadura espantosa —musitó Brigitte—. Supongo que tendrá sus inconvenientes.

—Claro. Ahora mismo, SS-Cuatro ha caído al mar.

—Me refiero a otros inconvenientes. Como es de suponer, los rusos tendrán también sus satélitesespías, ¿no es cierto?

—Y tan cierto.

—Bien… En ese caso, ellos saben que Estados Unidos también vigila sus avances en todos los sentidos. Entonces, no debería extrañarnos que durante el día oculten sus instalaciones, y sólo trabajen en ellas durante las noches.

—Sería perder el tiempo lamentablemente —sonrió Simón.

—¿Rayos infrarrojos? —susurró Brigitte.

—Exactamente. Toda nuestra serie «S. S.» van provistos de cámaras de microfotos de una precisión admirable, asombrosa, las cuales disponen de un sistema de detección a base de rayos infrarrojos. Sea de noche o de día, los «S. S.» pueden tomar fotografías sin descanso, siempre precisas, nítidas, claras. Sobre todo, últimamente. Antes, las fotografías que tomaban los satélites eran enviadas a la base de la Tierra por radio. Pero, últimamente, cada satélite enviaba… y sigue enviando sus microfilmes.

—¿Los envía a la Tierra?

—Sí… Bueno, una vez terminado el microfilme que está en impresión, es despedido automáticamente

de la cámara, para que otro ocupe su lugar. El microfilme ya impresionado, pasa a una cápsula, ésta a otra de mayor tamaño y resistencia, y ésta es enviada fuera del satélite-espía… Como es natural, la base recibe datos del lugar y momento donde ha sido despedida cada cápsula conteniendo el microfilme de turno. Cuando esa cápsula llega a unos veinticinco mil pies de la Tierra, se abre un

paracaídas de vivos colores especiales. Es divisado por la escuadrilla de recogida, que consiste en media docena de aviones provistos de redes especiales, en las cuales recogen la cápsula. De ahí a enviarla al lugar donde el microfilme será estudiado, las cosas son ya simples y rutinarias.

—Oh, sí… Todo muy simple y rutinario. ¿Qué pasa si no se reciben noticias del lugar donde ha sido expulsada la cápsula con el microfilme de turno?

—Bueno… Eso también se ha previsto últimamente. Precisamente, el SS-Cuatro expulsa las cápsulas cuando se le ordena por radio desde la base… Lo cual se hace, claro está, cuando pasa por determinado lugar. Entonces, salen varias cápsulas a la vez, los microfilmes son recogidos y enviados a los laboratorios, donde son revelados, ampliados, y finalmente estudiados con lupa y mejores sistemas ópticos, por técnicos de todas clases.

—Bien —suspiró Brigitte—. Imagino que dentro de poco nos jubilarán a todos, ¿no es así?

—¡Claro que no! —exclamó Pitzer, airado—. ¡Ninguna máquina podrá nunca sustituir definitivamente al hombre!

—Y menos, a una mujer como usted —bromeó Simón.

Brigitte le tiró un besito con la punta de los dedos, sonriendo alegremente.

—Premio, Simón.

—¡Atchíiis…! —Estornudó Pitzer—. Pues ése es su trabajo, Brigitte ir al Caribe a recuperar el SS-Cuatro.

—¿Están seguros de que ha caído?

—Sin ninguna duda. Cuando pasaba por Cabo Kennedy, le fue transmitida, por radio, la orden de expulsar las cápsulas con el último o últimos microfilmes… Entonces, algo falló. SS-Cuatro quedó silencioso, no expulsó las cápsulas, y fue perdiendo altura… Dada su trayectoria, se calcula que ha caído en el Caribe. Entonces, hay que ir a recogerlo inmediatamente. Se supone que otros servicios de espionaje pueden estar enterados de esto, y tememos la afluencia de numerosos espías en el Caribe, muy ansiosos de conseguir ese satélite y todos los microfilmes que contiene.

—De eso puede estar completamente seguro: el Caribe está ahora infectado de agentes de todo el mundo, Simón. Pero… el Caribe es muy grande, ¿no? ¿Esperan que yo vaya a ese mar, me dé

un baño y encuentre el satélite?

—Bueno, no tanto —rió Simón.

—Además, debe de pesar lo suyo el aparatito, ¿no?

—Unas mil libras, en total.

—Hijito, pues vaya un encargo —silbó graciosamente Brigitte. Simón volvió a reír.

—No estará sola en el Caribe, por supuesto. Tenemos allá un centenar de agentes ya, investigándolo todo.

—¡Cien agentes! ¡No puedo creerlo!

—Pues así es. Oh, bueno, comprenda que no es fácil encontrar un satélite de cinco pies de alto y una media de tres de diámetro en todo un mar Caribe. Además, está todo lleno de islas… Algunos navíos de la U. S. Navy están utilizando su radar y sonar… Es natural que hayamos desplegado todos nuestros efectivos en esa zona, Brigitte. Sería… muy molesto que SS-Cuatro fuese recogido por un espía soviético, o chino, por ejemplo. O francés, o británico… Por cualquiera, claro.

—¿Estoy obligada a aceptar ese trabajo, tío Charlie?

Pitzer parpadeó, desconcertado.

—No la entiendo…

—Digo que no me gusta la misión. Preferiría no tener que ir al Caribe a perder el tiempo registrando matorrales o pasarme el día bajo el agua buscando un objeto no mucho más fácil de distinguir que un hombre… Usted sabe que eso no es lo mío.

—Bueno… No creo que sea necesario que se pase las veinticuatro horas buscando… En realidad, habíamos pensado enviarla a una casa que está cerca de la playa, en misión de vigilancia.

—¿De vigilancia de qué? ¿Y en qué playa?

—En la isla Martinica, de las Pequeñas Antillas. Cerca de Port de France está Lamentin, una localidad… simpática. Más bien pequeña, relativamente, claro. En las afueras de esa localidad, muy cerca de la playa, hay una hermosa villa, sobre unas rocas, llamada La Mouette, que en francés significa…

—Por Dios, Simón, ¿quiere enseñarme francés a mí?

—Perdón. Bueno, esa villa se llama La Gaviota, y dada su posición, un poco alta sobre el mar, resulta un mirador magnífico para mantener vigilada toda aquella parte de la isla, las playas, las

embarcaciones o aviones que pasen por allí cerca. Incluso las personas. Todo ello, naturalmente, provista de unos formidables prismáticos. Precisamente…

—Precisamente, no quisiera pasarme el día sentada mirando el mar con prismáticos. Además, creo que llamaría la atención, Simón.

Simón sonrió astutamente.

—Como iba diciendo, precisamente, nadie se extrañaría de que en aquella villa se utilizasen unos prismáticos para estar estudiando continuamente el cielo y el mar.

—¿Por qué?

—Hemos recibido informes sobre la propietaria de la villa. Es una dama anciana, francesa, que ha vivido casi toda su vida en la Martinica. La conoce bien. Es muy posible que ella, además, sepa algo concreto, porque se pasa el día con los prismáticos ante los ojos, estudiando las gaviotas, cualquier otra ave marina, los delfines que se aproximan a las costas, los tiburones… Viene haciendo eso desde hace años, y nadie tendrá que extrañarse si lo sigue haciendo… en nuestro beneficio. Lo que no sabrá nadie es que, varias veces al día, los prismáticos no serán usados por la anciana dama, sino por una agente de la CIA llamada Baby.

—¿Se han puesto en contacto con esa dama?

—Todavía no. Usted lo hará.

—¿Yo? Buena idea…

—No es mala. Usted es simpática, habla el francés seguramente mejor que ella… Ya sabe lo que pasa en la Martinica: el francés de allá no resulta muy… elegante. De modo que esa anciana dama la acogerá con mucha alegría cuando usted le hable con su impecable francés de París… *Voilá*!

—Hay muchas personas que hablan bien el francés, Simón. No creo que eso le baste a esa vieja señora para admitirme en su villa. Además, el francés impecable se habla en el centro de Francia, no en París.

—Hay otra cosa. Esta señora está escribiendo un libro sobre las aves marinas, delfines, etcétera… Su propósito es destinar los ingresos de la venta de ese libro a no sé qué obra benéfica de aquella isla. Yo no entiendo demasiado de ediciones, pero creo que un libro como ése interesará a pocos editores, y a muy poca gente. Pero vamos a suponer que le proporcionase unos ingresos de…

pongamos diez o veinte mil dólares. Cantidad muy… desagradable si la comparamos con cien mil.

—¿Tengo que ofrecerle cien mil dólares a esa dama, por dejarme permanecer en su villa?

—Sí. Pero hágalo con mucho tacto. Ella no es una mujer corriente, Brigitte. Es de verdad una dama. Su nombre completo es Annette Símonet, duquesa de Montpelier.

—Encantada —sonrió desganadamente Brigitte—. Pero sigue sin interesarme el asunto.

—La trayectoria del SS-Cuatro indica como muy probable que haya caído cerca de la Martinica, Brigitte.

—Escuche, Simón, yo soy ave solitaria. Ya hay cien agentes allá, en el Caribe. ¿Cree que ciento uno arreglaría las cosas? Además, no me gusta demasiado tratar con mujeres. Por lo general se muestran más bien ásperas con otras mujeres, sobre todo si son hermosas, como yo. En cambio, una vieja dama acogería con agrado la presencia de un apuesto caballero que hablase maravillosamente el francés y que dijese ser estudiante de algo bonito… Geólogo, botánico, zoólogo… Cualquier cosa de esas que nadie entiende.

—Esa dama es muy amable. Muchas veces baja a la playa, a llevar pescado a las gaviotas que hay por allí… Y las gaviotas acuden, la conocen ya…

—Yo no soy una gaviota. Y ella se daría cuenta, ¿no?

—No tiene por qué ser tan recelosa con las demás mujeres…

—Las mujeres somos muy envidiosas.

Simón miró expectante a Pitzer, el cual tenía fruncido el ceño y encogida la nariz.

—La orden de movilización general ha llegado de Washington, Brigitte, y…, ¡atchíiisss…!, no sé qué dirán ellos ante su negativa.

—No me niego —suspiró Brigitte—. Sólo pido que se me deje descansar unos días más, tío Charlie. Aparte de que insisto en que éste no es trabajo para mí.

—Lo consultaremos con Washington. La llamaré luego por la radio, y espero darle una respuesta que la satisfaga.

—Así sea. Bueno, me voy ya… ¿Quiere algo especial, tío Charlie? ¿Pastelillos, revistas, periódicos, microfilmes de señoras desnudas…?

Simón se echó a reír, y Pitzer soltó un gruñido.

—No necesito nada, gracias.

—Entonces, hasta la vista, querido.

Le dio otro besito en la frente, se colgó del brazo de Simón y salieron los dos del dormitorio de Pitzer. Simón regresó enseguida, todavía sonriendo.

—Es bella y gentil como ninguna, ¿no es cierto, señor?

—Llama a Washington. A ver qué dicen sobre si Brigitte debe o no debe obedecer la orden.

* * *

Brigitte dejó la revista a un lado cuando sonó la llamada en la radio directa que tenía escondida en su lujoso armario que ocupaba todo un paño de la pared del dormitorio, empotrado.

—Hola, Simón —atendió la llamada—. ¿Tenemos ya la respuesta?

—Tiene usted mucha influencia en Washington, divina. Se queda en casa. Otro agente irá a la villa La Gaviota. Un hombre.

—Así está mejor. ¿Conozco al agente?

~Ni yo mismo sé quién es. Feliz descanso.

—Adiós, Simón. Gracias por todo. Y besitos para tío Charlie y para usted.

Cerró el contacto, cogió de nuevo la revista… y quedó pensativa. Bien… Allá iba uno de sus compañeros, como otros cien, a recoger a otro «compañero», éste mecánico, que seguramente tendría en su interior una gran cantidad de información filmada. Resultaba muy interesante eso de los espíassatélite…

¿A quién habrían enviado? Porque, obviamente, tenían que haber escogido a un agente especial, con varios idiomas, y, mejor aún, con uno solo pero dominado a la perfección…

Se imaginó el Caribe, el espléndido sol que debía de lucir allá, en la Martinica, a quince grados al norte del ecuador… Se imaginó las blancas gaviotas, y pensó que le habría gustado saber cómo era aquella dama francesa pero que tanto tiempo llevaba viviendo en la Martinica. Nada menos que duquesa… *Madame la duchesse* de Montpelier… De nombre, Annette Simonet…

¿Y su compañero? ¿Cómo sería su compañero que pronto saldría hacia la villa llamada La Mouette? Encogió los bellísimos hombros.

Ella necesitaba descanso. Mucho descanso…

2

LA MOUETTE, MONIQUE Y BAPTISTE

UN YANQUI, UN FRANCÉS Y UN BRITÁNICO

MADAME LA DUCHESSE DE MONTPELIER

Capítulo II

Su nombre era Malcom Nash, y su profesión, agente de la CIA, desde hacía siete años. Es decir, desde los veintiocho. A los treinta y cinco años, Malcom Nash estaba ya un poco de vuelta de todas esas pequeñas miserias humanas, tan corrientes. En siete años de servir a la CIA, Malcom Nash había aprendido más que en los veintisiete anteriores… Tenía buena vista, sabía valorar a las personas, le habían herido cuatro veces, y había cumplido ya con éxito ni más ni menos de treinta y nueve misiones. Había fracasado solamente en cuatro. Unos fracasos ciertamente relativos…, pero fracasos al fin. Sin embargo, el promedio entre éxitos y fracasos era muy favorable para él y, por tanto, estaba considerado como uno de los buenos agentes del espionaje norteamericano.

Y, por eso, Malcom Nash había tenido que suspender unas vacaciones nada menos que en Miami Beach, y había acudido a Washington, donde había recibido las oportunas órdenes para viajar a la isla Martinica, llegar a la villa de una duquesa y estar allí ojo avizor…

Realmente, Malcom se tomaba el asunto un poco a la ligera. Sus años de espionaje le habían hecho aprender que la casualidad se da muy pocas veces. El buen espía, prepara por sí mismo esa serie de «pequeñas casualidades» que le llevan al éxito. Suponer que un espía llega a un sitio, saca la pistola o la radio y lo soluciona todo, porque todo está sucediendo así, es cosa de películas. Hay que trabajar, machacar, insistir…

De pronto, ante él, vio a la azafata. Una chica rubia, guapita, con una sonrisa simpática. Tenía hoyuelos en las mejillas. Le estaba mirando a él y le decía algo…

—¿Cómo?

—Vamos a tomar tierra, señor. Por favor, ¿quiere abrocharse el cinturón?

—Oh, sí…

—¿Será tan amable de apagar el cigarrillo?

—¿El ciga…? ¡Oh, sí, claro…! Perdone, estaba distraído…

La azafata sonrió, y Malcom pensó que, ciertamente, aquel par de hoyuelos eran de lo más simpático. Metió el cigarrillo en el cenicero y se abrochó el cinturón, maquinalmente. En absoluto se sentía molesto porque hubiesen interrumpido sus vacaciones, ya que se aburría siempre como una ostra en su lecho de arena. En mil ocasiones, Nash se había preguntado si era cierto que algunos agentes de espionaje, después de una misión, precisaban descansar. Esto le parecía tan absurdo que casi le causaba risa.

Sí, señor. O se es, o no se es espía. Si se es espía, uno está siempre a punto, sea de noche, de día, verano, invierno, o lo que sea… Y él siempre estaba a punto. Gracias a eso, cuando recibió aquel telegrama cifrado de la CIA, tardó menos de veinte minutos en hacer su equipaje, pagar la cuenta del hotel y salir de éste como una bala. Apenas media hora más tarde, en el Miami International Airport, tomaba un vuelo directo a Washington… Pero, lo que son las cosas: allá, en Washington, no parecían tener tanta prisa, y había perdido casi veinticuatro horas entre unas cosas y otras…

Bueno, él estaba llegando a la Martinica, iba a entrar en contacto con aquella duquesa, trabajaría…, y lo demás eran simples y tontos cuentos chinos.

Trabajar. Trabajar sin descanso: he ahí la clave para la buena forma de un espía que sienta alegría de serlo.

De nuevo la azafata ante él.

—¿Qué…?

—El avión está parado, señor. Es usted el último pasajero en descender… ¿Se encuentra bien, señor?

—Oh, sí… Muy bien, de veras… ¿Estamos en Martinica?

—Así es. ¿Puedo servirle en algo? Con gusto, la compañía le ayudará en…

—No, no. Gracias, guapa. Ya cumplí los catorce años.

La azafata sonrió.

—¿Y los dieciocho?

—¿Los dieciocho? —Malcom sonrió, porque si algo le gustaba en la vida eran las personas con sentido del humor—. Pues… los cumpliré dentro de unos meses. Pero tengo permiso de papá para

este vuelo… ¿Cómo se llama usted?

—Lucy.

—Bonito nombre. No lo olvidaré. Le enviaré flores para su próximo vuelo… Bye-bye, Lucy.

Dejó a la azafata sonriendo, encantada de la vida. A veces, por fortuna, hay pasajeros simpáticos. Y Malcom Nash se encontró en el aeropuerto cercano a Fort de France, con una maletita más bien reducida, unos cuantos cientos de dólares, su querida pipa de brezo, su pistola… y unas ganas enormes de trabajar. Naturalmente, si el satélite-espía estaba dentro de su zona, sería él quien lo iba a encontrar. Él, sólo él y nadie más que él.

Okay, Malcom.

Un taxi lo llevó a Fort de France. Desde allí, y tras una discusión en su perfecto francés con otro taxista que hablaba un francés muy peculiar, se hizo llevar a Lamentin. Y una vez allí, con menos discusión que antes, se hizo llevar a la villa llamada La Mouette. Lugar éste que nadie parecía ignorar dónde estaba…

Justo, justo, en una elevación rocosa, con palmeras, claveles y rosales. Así de bonita, encima del mar azul llamado Caribe, en una explanada con algunos altibajos, en la que se veían manchas verdes de césped, el agua brillante de una piscina y, al fondo, sobre aquel azul nunca bien descrito del mar, una bandada de gaviotas blancas.

—Ejem… Demonios… ¡Qué lindo lugar!

El taxi se alejaba ya, y Malcom Nash se encontró con la maleta en la mano, la pipa en los dientes y la mirada fija en la villa blanca y roja. Washington era poco menos que un frigorífico en noviembre; Miami era un lugar maravilloso en noviembre; pero la Martinica, según parecía, era un paraíso de luz, sol y alegría en noviembre…

Empezó a caminar hacia la casa, silbando quedamente. Las verjas de la villa estaban abiertas, de modo que pudo entrar con libertad. Recorrió muy despacio aquel sendero ideal bordeado de flores de todas clases… Olía muy bien, y todo parecía tierno y amable. Pero, desde luego, se comprendía fácilmente que desde aquel mirador de la villa se divisaba el mar hasta el infinito… Desde aquel mirador se podían ver no sólo las gaviotas cercanas a la costa, sino barcos, aviones, peces saltando por encima del agua… Sí, señor: desde allí, con unos buenos prismáticos, se podía ver hasta… hasta México.

«Qué barbaridad», pensó.

Llegó ante el bonito porche con delgadas columnas. Había visto algunas columnas y porches así en Nueva Orleans.

Lo que no había visto en Nueva Orleans era una chica como aquella que salía en aquel momento a recibirlo. Era más bien rubita, pero tostada su piel. Sus ojos eran dos enormes abismos azules, simpáticos… Sí, señor: muy simpáticos. En cuanto a su figura, simplemente sensacional. Llevaba un vestidito negro, sin mangas, y encima un delantalito blanco, una cofia… Era el tipo clásico de la doncella francesa.

—¿Señor?

Su voz era dulce y graciosa, de tono amable. Era una linda muchacha, vaya que sí. Pies diminutos, boquita para besar, manos finas, porte elegante, tipo sensacional…

—¿Señor?

—¿Qué…? Oh, sí… Esto… Ejem… Malcom… Malcom… Nash, ése es mi nombre. Soy… profesor en Geología y quisiera… ver a la señora Annette Simonet.

—*Madame la duchesse* no está en casa, señor.

—Ah… Espero que no tenga… alguna dificultad…

—No, no… Recibió una llamada desde Fort de France, y tuvo que ir a la ciudad, anoche. No creo que tarde demasiado ya, porque *madame la duchesse* detesta dormir fuera de casa.

—Ah… Bueno, cada uno piensa a su manera… ¿Quiere creer que yo me aburro, en mi casa y en mi cama?

—El señor quizá no ha sabido buscar un… entretenimiento adecuado.

—Ejem… Bueno… Esto… Ejem… ¿Podría esperar a la señora duquesa?

—*Mais oui, monsieur*… Ya hay otros caballeros que la están esperando. También son… cosas así.

—¿Cosas así?

—Cosas raras, como el señor. Hay un astrónomo, un icto… ictalogo… icteo…

—¿Ictiólogo?

—*Mais oui, monsieur*! Oh, es un nombre muy… muy raro, ¿no?

—Difícil de recordar, eso sí. Pero no raro. ¿Usted habla inglés, *baby*?

—¿Cómo dice el señor…?

—Oh, bueno, lo de *baby*… Es un modo de llamarla… ¿Cuál es su nombre, y así no la llamaré *baby* nunca más?

—Mi nombre es Monique, señor.

—Me gusta. ¿Dónde puedo dejar mis trastos? El equipaje, quiero decir.

—En el saloncito… Por aquí, por favor. Oh… ¿*Madame la duchesse* lo está esperando, señor…?

—Malcom Nash, ya lo dije. No… No creo que me esté esperando, pero estoy convencido de que verá mi visita con… agrado. Eso.

La escultural doncella de ojos azules y sonrisa de niña buena guió a Malcom hacia el saloncito. Un saloncito que no merecía precisamente ese nombre, pues era grandioso, con un enorme ventanal hacia el mar. Todo era quizás un poco viejo, pero simpático y confortable. Con esa simpatía de las cosas viejas queridas y bien cuidadas: cuadros, alfombras de paja, máscaras graciosas en las paredes, como media docena de gaviotas disecadas, un enorme delfín, un tiburón… Había además flores, jarrones, tapetes de colores… Y no menos de quince variedades de aves marinas.

Malcom Nash quedó unos segundos con la boca abierta, hasta que oyó tras él la voz de un hombre:

—¿Puedo servirlo en algo, señor?

Se volvió, casi sobresaltado. Monique, la preciosa Monique, había desaparecido. En su lugar tenía un hombre de unos sesenta años, quizá más, blancos sus cabellos, orgulloso el porte, todavía juvenil la mirada negra, intensa. Llevaba una librea de criado un poco ajada ya, pero él se mostraba muy digno dentro de ella.

—¿Servirme…? Bueno, no sé…

—¿Quizá ron con hielo, señor?

—Pues… ¿Qué tal si en vez de ron le echamos *whisky* al hielo, amigo?

—Soy Baptiste, señor. Y, con todos los respetos, creo que el señor y yo no somos amigos, de momento. Le traeré su *whisky* con hielo.

—Pues muchas gracias. Oiga…, ¿qué pinta usted aquí?

Baptiste alzó la barbilla.

—Soy el mayordomo, señor.

Con esto, lo dio por dicho todo y salió del saloncito. Malcom se acercó al ventanal y echó un vistazo hacia la playa. Las rocas caían poco menos que cortadas a pico, pero había una escalera labrada en ellas que llevaba hacia el mar, justo a una diminuta playa de arenas doradas, que brillaban al sol como si fuesen de oro rojo, ya que el sol estaba rojo por el ocaso…

Pudo ver entonces a los dos hombres. Frunció el ceño, miró a todos lados… y vio los grandes prismáticos. Estaban en una pequeña mesita redonda, junto a la cual había un confortable sillón que parecía casi un trono. Al lado de los formidables prismáticos, un libro de viajes submarinos, y sobre las páginas de éste unos lentes ovalados, con varilla de oro, para mantenerlos ante los ojos…

Se sentó en el sillón, cogió los prismáticos y los enfocó hacia el más lejano de los hombres, que estaba en la playa. Estuvo a punto de lanzar una exclamación cuando, por obra y gracia de los prismáticos, aquel hombre quedó poco menos que al alcance de su mano. Era delgado, más bien blanco de piel, tenía algunas pecas, los cabellos lisos, los ojos claros… Precisamente en aquel momento se había vuelto hacia la casa, y Malcom se encogió porque tuvo la seguridad de que iba a verlo. Pero, claro, eso no podía ser, de modo que continuó estudiándolo… Cara seria, gesto grave, parco de movimientos…

—MI5 —musitó Malcom Nash—. Muchacho, te apuesto veinte a uno a que a ti te ha enviado el Servicio Secreto británico.

Desvió los prismáticos hacia el otro. Éste era muy moreno, tenía una simpática expresión de granuja sonriente, un atractivo bigotito, y vestía con una elegancia por completo adecuada al lugar. Sus manos eran muy finas, su mirada oscura evidenciaba una clara inteligencia…

—*Mon cher* —sonrió Malcom—. Cuando nos marchemos de aquí, le llevarás mis más afectuosos recuerdos al Deuxième Bureau…

El moreno del bigotito estaba en lo alto de las rocas, por encima del grave y serio paseante de la playa. Y lo miraba con una cierta ironía amable…

—Su *whisky* con hielo, señor.

Malcom respingó, se volvió hacia Baptiste, y quiso sonreír.

—Demonios, me ha asustado usted, Baptiste.

—Lo siento, señor. Sin embargo, me permito suplicarle que no vuelva a tocar las cosas de *madame la duchesse*. Ella es muy ordenada y metódica, y nosotros tenemos prohibido tocar ni siquiera una página

del libro, variar de lugar los «impertinentes», mirar con los prismáticos… Le gusta encontrarlo todo donde ella lo dejó.

—Entiendo: es una maniática.

Baptiste volvió a alzar la barbilla.

—Es una dama, *monsieur*. Una condesa. Si usted no va a tener esto en cuenta, será mejor que tome su *whisky* y regrese a Estados Unidos.

—Lo siento. ¿Sabe usted que soy yanqui?

—Conocemos muy bien a los norteamericanos. ¿Puedo servirle en algo más, señor?

—Sí. Cuando venga su patrona, dígale que quisiera hablar con ella antes que nadie… Estoy seguro de que sabrá… convencerla.

Le tendió un billete de cien dólares, como distraído. Baptiste miró el billete, alzó una vez más la barbilla y dijo fríamente:

—Para dar limosnas, señor, deberá dirigirse a la iglesia. Allá le recibirán con mucho agrado. Con su permiso, señor.

Dio la vuelta, dignamente, y salió del salón. Malcom empezó a darse cuenta de que, efectivamente, aquella casa, aquella hermosa y romántica villa, tenía algo especial. Y como buen espía capaz de adaptarse a todo, tomó nota de ello. No más fallos.

Cogió el vaso de *whisky* con hielo, miró los prismáticos y, tras una vacilación, comprendió que no debía tocarlos más. De modo que volvió junto al ventanal, dispuesto a mirar a simple vista a los dos hombres que había catalogado mentalmente. Quizá se equivocase. Pero, al igual que Baptiste, él tenía muy buen golpe de vista.

Oyó el motor de un coche una media hora más tarde. Luego, el suave frenazo, el silencio… Como muy lejana, la voz de Baptiste. Y la de Monique. Luego, pasos en la casa, en el vestíbulo lleno de plantas… Un taconeo lento, pero rítmico, acompañado de otros golpecitos no menos rítmicos sobre el mosaico…

Seguro: la vieja duquesa utilizaba bastón. Ah, esas viejas momias que andan por el mundo arrastrando sus tontas enfermedades fruto de los achaques… Seguramente, se encontraría

ante una mujer llena de afeites y maquillajes, con los ojos pintados esforzándose en querer ser joven todavía, con pestañas postizas, pintados los labios…

Estuvo a punto de tragarse el cigarrillo cuando la persona esperada se detuvo en el umbral del salón. E, inmediatamente, Malcom Nash se hubiese dado de golpes en la cabeza, por estúpido, cretino y necio.

—¿Es usted el señor norteamericano?

Era una voz apta para leer los más dulces versos del mundo. Y unos ojos maravillosos, quizás azules, quizá grises, quizá color violeta. Detrás de los cristales de los lentes ovalados, aquellos ojos protegían la mirada más amable y señorial que Malcom Nash había visto jamás. Amable, señorial… e inteligente. Aquella dama muy ligeramente encorvada, se ayudaba, en efecto, de un bastón de bambú, rematado con puño de plata. Pero no llevaba pestañas postizas, ni carmín, ni afeites o maquillaje de ninguna clase, ni se teñía el cabello, ni quería aparecer más joven de la realidad. Era la anciana más digna y agradable que Malcom Nash había visto en su vida. Todos sus cabellos eran blancos, su rostro tenía un bronceado natural magnífico. La boca conservaba un lozano gesto juvenil, las manos eran preciosas… Manos de duquesa, gesto de duquesa, porte de duquesa… Fue justo en aquel momento cuando Malcom Nash comprendió toda la dignidad y belleza que puede encerrar un cuerpo que ya ha cumplido los sesenta años, y cuya noble cabeza, blancos todos los cabellos, se mantiene erguida con la seguridad de la bondad, la educación, la firmeza de carácter…

Ni siquiera se dio cuenta de que se había puesto inmediatamente en pie. Ni de que estaba recordando las palabras oídas en Washington: «Tenga cuidado, Malcom. No es una mujer simple y corriente. Es una dama auténtica, una vieja duquesa francesa que sabe estimar lo bueno y desechar lo malo. Sea delicado, cortés, amable, paciente… Y no olvide en ningún momento que ella es duquesa y usted un agente de la CIA, o sea, un hombre de muchos estudios y educación. No va a enfrentarse a una pandilla de saboteadores, sino a una dama muy… especial».

Annette Simonet había caminado hasta él, casi ágilmente, manejando su bastón de bambú con puño de plata de un modo gracioso, elegante, señorial. Se quedó mirándolo profundamente, un

poco encorvada, con una sonrisa de abuelita comprensiva.

—¿El norteamericano que me han anunciado…?

—Oh… ¡Oh, sí, señora duquesa! Perdón… Me he… distraído…

—Eso es una descortesía.

—Una… Ejem… No, no, por Dios… Perdóneme… Si quiere que le sea sincero… Las cejas grises se alzaron amablemente.

—Si no ha de ser sincero, señor Nash, será mejor que tome su maleta y se marche ahora mismo. ¿Tiene usted coche?

—No… No, no…

—Baptiste le llevará a Lamentin.

—Perdone… No, no, por favor… Por supuesto que seré sincero… ¿Puedo… puedo ponerme a sus pies? Annette Simonet inclinó elegantemente la cabeza.

—A ellos está, caballero.

—Su servidor… Al decir… Al preguntar si podía serle sincero, era porque… porque quería decirle que me ha sorprendido usted. Esperaba una… dama… menos…

—Menos… ¿qué, señor Nash?

—Menos dama.

—Oh. Bueno, eso parece… una galantería.

—Le suplico que lo interprete así, señora duquesa.

—Muy amable… Usted me perdonará si me siento, pero estoy cansada. No me gusta viajar, señor Nash…

—Por favor, permítame…

Aunque no era necesario, hizo el gesto de acercar el gran sillón a la dama, que se dejó caer en él, dejó el bastón y se quedó mirando los prismáticos.

Luego, miró a Malcom.

—Temo que alguien no ha comprendido todavía mis… indicaciones en la villa, señor Nash.

—Yo… He sido yo quien… quien ha tocado sus prismáticos…

—Ah… Es una falta de tacto… y de educación.

—De todo lo cual estoy profundamente arrepentido.

Una luminosa sonrisa apareció fugazmente en los labios de la todavía hermosa anciana. Tomó los prismáticos, los graduó y los dirigió hacia el mar. Estuvo así no menos de tres minutos, durante los cuales Malcom Nash permaneció a su lado, esperando, rígidamente cortés… Por fin, la duquesa dejó los prismáticos y lo

miró.

—Siempre creo que durante mis breves ausencias las gaviotas van a desaparecer… ¿Le gustan a usted las gaviotas, señor Nash?

—Creo… creo que me tienen sin cuidado, señora.

—Ah… Bueno, su sinceridad ya es una disculpa. La verdad es que las gaviotas son menos románticas de lo que parece… Cierto que son más bien hermosas, que tienen un vuelo… atractivo, que son hábiles pescadoras… Se asombraría usted si le explicase las maravillas que he visto hacer a esas aves… Bajan en picado hacia el mar, como si quisieran llegar al fondo. Y se hunden, muy ligeramente. Luego, salen con un hermoso pez plateado en el pico. Pero son algo… perversas —sonrió—… Bueno, ni siquiera eso: es simple cuestión de supervivencia. Los mejores, se comen a los peores. Lo que no me gusta de las gaviotas es que se dediquen a comer los huevos de otras aves marinas. Además, tengo observado que son un poco… comedoras de carroña. ¿Sabía usted esto?

—Como ya le he dicho, señora duquesa, las gaviotas no me…

—Interesan. Es cierto. En cambio, yo me paso la vida estudiándolas. Son curiosas, créame. Algunas veces, bajo a la playa, con un cesto de pescado que Baptiste encarga en Lamentin. Hace más de treinta años que vienen gaviotas a mi playa.

—Debe de conocerlas muy bien.

—A las gaviotas, igual que a las personas, nunca se las conoce demasiado bien. Los delfines es otra cosa… Sé que en Estados Unidos, concretamente en Los Ángeles y en Miami, hay unos acuarios con delfines que están… domesticados. Los están estudiando, ¿verdad?

—Algo de eso he oído.

—Los delfines son simpáticos de verdad, puedo asegurarlo. Son seres sociales, comprensivos, tolerantes… Y alegres. ¿Usted es alegre, señor Nash?

—Pues no sé… Más bien sí, señora duquesa. Pero le aseguro que no soy un delfín.

Annette Simonet, duquesa de Montpelier, se echó a reír con una gracia inimitable. Automáticamente, entró dentro de la lista de personas que Malcom Nash apuntaba en su mente como dotadas de sentido del humor, y, por tanto, dignas de confianza.

—¡Es usted muy simpático, señor Nash! Ciertamente, no parece

usted un delfín, pero… es tan simpático como ellos.

—Me hace usted excesivo honor, señora duquesa.

—¿Tomó usted algo? ¿Le han atendido bien en mi casa, señor Nash?

—Muy bien. Baptiste es un poco… solemne; pero Monique salva la situación por muchos puntos de ventaja.

La señora duquesa volvió a reír. Era una dama encantadora, y Malcom Nash empezaba a encontrarse en verdad a gusto en su compañía.

—Usted es un pícaro ingenuo, señor Nash, como todos los norteamericanos. Le aconsejo que no se fíe del dulce aspecto de Monique.

—¿Por qué?

—Porque, en el fondo, ella es una muchacha muy apasionada, y a poco que usted se descuide se verá convertido en esposo.

—Sería un buen negocio por mi parte.

La auténtica dama volvió a reír. De pronto, tomó sus lentes con varilla, se los colocó ante los ojos y miró a Nash de arriba abajo, no en modo ofensivo, sino especulativo, amable.

—Señor Nash, ¿puedo decirle que usted habla el francés como un parisino vulgar?

—Bueno… Estuve en París algunos años…

—¿Pero reside ahora en Estados Unidos?

—Así es.

—¿Es usted norteamericano de verdad?

—¡Naturalmente, señora duquesa!

—Bien… ¿Puedo saber a qué ha venido usted a La Mouette?

—Emmm… Bien… Soy geólogo, y parece ser que no hace mucho ha caído un meteorito en estas aguas. Sería una buena ayuda para mis estudios descubrir este meteorito y estudiarlo concienzudamente.

—¿Un meteorito?

—Sí, sí… Quizás usted vio algo, cayendo del cielo… Algo al rojo vivo, quizá, brillante, que tuvo que alzar mucha espuma hirviente durante unos segundos… ¿Lo vio?

—¿Qué ocurriría si lo hubiese visto, señor Nash?

—Pues… Le agradecería mucho que me indicase el lugar donde cayó. En caso contrario, le pediría a usted que, unas cuantas horas

al día, me permitiese utilizar sus prismáticos, y buscar en el mar algún signo de ese meteorito.

—¿Qué clase de signos?

—Bueno… Podría ser cierta… ebullición del agua, quizás una leve erupción de lava que produciría ese meteorito… Cualquier cosa. La ciencia geológica adelantaría bastante si yo pudiese encontrar ese meteorito y analizarlo debidamente.

—Entiendo… Eso significaría, señor Nash, que usted tendría que pasar unos cuantos días… o semanas en mi casa.

—Sí… Bueno, yo no quiero que usted piense que voy a ser un huésped molesto o gravoso. Estoy autorizado a pagarle a usted mi alojamiento, las molestias… y una serie de gastos que quizás ocasione. No queremos perjudicarla, señora duquesa. Estoy autorizado para ofrecerle, por estar yo solo en esta villa, la suma de cien mil dólares americanos.

—¿Es una broma?

—No, señora. Siempre y cuando, claro está, usted pueda darme esperanzas respecto a la pronta localización de este meteorito.

—Lo de broma, señor Nash, lo digo porque hay otros dos señores que también han venido a La Mouette… Dicen llamarse, si no recuerdo mal lo que me ha dicho Baptiste, Melchior Leduc y Tom Wallace; francés el primero, británico el segundo. Y, respectivamente, han ofrecido por la localización de ese… meteorito las sumas de un millón de francos nuevos y cien mil libras inglesas. Cantidades ambas que sobrepasan sus cien mil dólares, a los cambios actuales, señor Nash.

Malcom Nash quedó con la boca abierta, bajo la amable mirada irónica de la duquesa de Montpelier.

—Emmm… Yo…

—La Ciencia está dispuesta a pagar mucho, señor Nash. Y, según parece, los norteamericanos no son muy amantes de ella…, ya que son los que menos pagan. Ciertamente, yo vi caer al mar ese… meteorito. No está muy lejos de aquí.

—¿Dónde? —exclamó Nash.

—En el mar —sonrió la duquesa.

—Pero el mar… es muy grande, señora.

—Inmenso. Pero usted, que se ha tomado la libertad de utilizar mis prismáticos, habrá podido comprobar que su alcance es…

prodigioso. Digamos que ese «meteorito» puede estar a cien metros de la playa… o a cien kilómetros. Hacia el sur… o hacia el norte. En una fosa profunda, o a menos de cinco brazas de la superficie. Las viejas como yo, señor Nash, nos volvemos un poco… neurasténicas, a fuerza de soledad. Entonces, empezamos a pensar que nuestra vida ha sido muy… inútil. Y nos dedicamos a obras benéficas. Precisamente, estaba…, estoy escribiendo un libro sobre aves marinas. Todavía no sé cómo se titulará, pero tengo la esperanza de que resulte interesante y algún editor amable se decida a publicarlo. Puedo asegurarle que todos los beneficios que obtenga serán destinados a una obra benéfica muy necesaria en esta isla en la cual llevo viviendo más de cincuenta años. Como las viejas no dejamos nunca de pensar, se me ha ocurrido que esa obra benéfica se vería muy favorecida con la aportación… voluntaria de unos cuantos miles de dólares. Pero…, sin ánimo de ofenderle, creo que cien mil son… pocos. Ya le digo que hay ofertas mejores… para encontrar ese «meteorito»… Oh, bueno, lo cierto es que, aparentemente, los señores Leduc y Wallace han asegurado ser, respectivamente, un astrónomo y un ictiólogo, pero… ¿Usted no cree que es un error considerar escasamente dotadas a las personas viejas? Además, señor Nash, yo vi perfectamente ese «meteorito». Lo vi caer al mar… ¿Sabe una cosa? Yo diría que no era un meteorito… normal y corriente.

Malcom Nash consiguió salir de su asombro con un gran esfuerzo, ciertamente.

—¿Cuánto, señora duquesa? —musitó.

La sonrisa de la bella dama aristócrata fue de lo más amable y dulce.

—Pues… Emmm… Yo diría que un satélite espacial vale bastante más de cien mil dólares, señor Nash. ¿No opina igual?

Malcom se atragantó.

—Yo… Pues… Ejem… Esto… ¿Puedo… llamar a Estados Unidos desde su teléfono?

—Luego. Luego, señor Nash. De momento, creo que a los dos nos conviene escuchar las… ofertas de los señores Leduc y Wallace. Todavía no los he recibido, y eso me parece muy descortés por mi parte.

—Puedo ofrecerle más que cualquiera de ellos.

—Sin duda —sonrió la hermosa dama anciana—. Pero, querido señor Nash, ni siquiera el dólar americano puede hacerme perder mi educación. Tengo visitas, y, con su permiso, las atenderé debidamente, como corresponde a mi… amabilidad. ¿Con su permiso…?

—Lo tiene —sonrió Malcom—. Es usted una gran dama, señora duquesa.

—Muchas gracias. Sabía que lo comprendería… ¿Baptiste?

Capítulo III

El mayordomo apareció muy pronto en la puerta del saloncito, inclinando la cabeza, en silencio.

—Ve a buscar a esos caballeros, por favor, Baptiste. Diles que tendré mucho gusto en recibirles cuando dejen de vigilar el mar en busca de su meteorito.

—Oui, *madame la duchesse*.

Baptiste se retiró, y la anciana dama miró a Malcom con una expresión de disculpa.

—Deberá perdonar a Baptiste. A pesar de los años que llevamos juntos, lo cual ha dado lugar a una serie de pequeñas… confianzas, él sigue llamándome *madame la duchesse* y muy aferrado a su papel de mayordomo… de una sola criada. Hace años tenía media docena de criados, pero mis rentas disminuyeron, y tuve que reducir mi servicio.

—Muy sensato. Pero parece que Baptiste todavía no se ha convencido de ello.

—Él es feliz así. Y hace milagros con el presupuesto de la villa. Por ejemplo, el *whisky* que ha tomado usted, señor Nash, es probable que sea de su propia botella secreta…

—¿Secreta?

Annette sonrió.

—Es un viejo granuja. Le gusta el *whisky*, pero se obstina en ocultarlo. En esta casa, normalmente, no hay *whisky*… Pero ya verá usted como habrá de todo si mis invitados lo piden. Baptiste no consentirá jamás que alguien se vaya de esta casa con la impresión de que las cosas no van bien.

—Pero ¿no van bien?

—No demasiado. En realidad —sonrió la anciana—, creo que esa obra benéfica que estoy proyectando debería extenderse también a mí… ¿Sabe usted, señor Nash, que mis impuestos sobre esta vieja

villa son mi preocupación este año? Y lo fueron el otro… y el otro… Sin embargo, siempre he salido adelante.

—Y estoy seguro que con toda dignidad, señora duquesa.

—Naturalmente… Hay un viejo refrán que no sé si usted, allá en su tierra continental, habrá oído alguna vez. Dice: Dios aprieta, pero no ahoga.

—No lo había oído nunca —admitió Nash, riendo—. Pero me parece un refrán acertado y simpático.

—Por supuesto. Lo aprendí de un portorriqueño… Oh, yo diría que sus… colegas están llegando ya a toda prisa, señor Nash. Deberemos atenderlos, dejando a un lado esta amena charla.

Malcom Nash inclinó la cabeza, sonriendo. La vieja dama estaba mirando ahora hacia la puerta, por la cual aparecieron los dos hombres que, incluso hasta aquel momento en que ya era casi de noche, visibles ya muchas estrellas, habían estado paseando por el exterior. Los dos se detuvieron, miraron a la dama, fruncieron ligerísimamente el ceño cuando miraron una fracción de segundo a Malcom, y de nuevo orientaron sus ojos hacia la duquesa.

El que Malcom había catalogado como agente del MI5 británico se limitó a inclinar secamente la cabeza. El que había catalogado como perteneciente al Deuxième Bureau francés, sonrió ampliamente y se apresuró a acercarse a la dama, ante la cual se inclinó, tomando la mano que ella le tendía y besándola apenas en un roce.

—*Madame la duchesse*… Je suis dans cet moment le plus hereux…

—Por favor, señor Leduc —interrumpió la dama, en inglés—. Le ruego que hable en inglés, como cortesía a mis otros dos invitados… ¿Cómo está, señor Wallace?

El británico se acercó y estrechó la mano que le alargaba la dama, con otra inclinación de cabeza.

—Muy bien, señora duquesa. Gracias. Es un honor conocerla.

Annette movió la cabeza hacia delante. Luego, los fue mirando a los tres, con una leve chispita de ironía en los juveniles ojos.

—Supongo que ustedes dos ya se conocen… El británico negó con la cabeza.

—No nos han presentado, señora. Y en ese caso…

—Ya sé, ya sé… No puede usted negar que es inglés. Bien,

puesto que Baptiste me informó de sus nombres, y yo los conozco a los tres, los voy a presentar, por el simple procedimiento de mencionar sus nombres y ocupaciones… Espero que Baptiste no se haya equivocado. Son ustedes —los fue señalando con sus lentes—: Melchior Leduc, francés, astrónomo; Thomas Wallace, británico, ictiólogo… Oh, señor Wallace, espero que será usted tan amable, durante su estancia aquí, de ayudarme en ciertos pasajes de mi libro referente a los delfines. Creo que un ictiólogo es un estudiante de los peces, o algo así, ¿no es cierto?

—Cierto, señora. Y con gusto la asesoraré en cuanto usted quiera preguntarme.

—Muy amable, se lo agradezco. Bien… Y queda el señor Malcom Nash, norteamericano, de profesión geólogo. Ya se conocen ustedes. Ahora, puedo decirles que están invitados a cenar. A las nueve. Baptiste les llevará a sus habitaciones. Estoy segura de que han traído ustedes su *smoking*.

Los tres hombres inclinaron la cabeza. Annette Simonet se puso en pie y se dirigió a la salida del saloncito, sonriendo. Pero cuando pasaba junto a Wallace, éste adelantó un paso.

—Señora duquesa…

—¿Sí, señor Wallace?

—Le agradecería un minuto de conversación… a solas.

—Pues… No me parecería ésa una actitud muy cortés para con mis demás invitados, señor Wallace.

—Sin embargo, ha estado charlando con el señor Nash, a solas.

—Cierto. El señor Nash tuvo la gentileza de esperarme aquí, donde lo dejó mi mayordomo, y no por unos jardines y playa privada a los que nadie le había autorizado a entrar y recorrer.

Tom Wallace enrojeció violentamente, y Melchior Leduc apenas pudo retener una risita divertida, mientras Malcom pensaba que aquella dama era capaz de pararle los pies a un elefante.

Annette Simonet salió del salón, con su venerable y todavía casi ágil caminar, manejando de aquel modo tan delicioso el bastón de bambú con puño de plata.

—Bien —sonrió anchamente Leduc—. Parece que a la señora duquesa no le gustan las prisas, amigo Wallace. Eso le tendrá a usted sobre aviso para que, en lo sucesivo, no…

—No necesito sus consejos, señor Leduc.

—Pues yo diría que sí. Conozco bien a esa clase de damas… He visto algunas en Francia. Yo diría que son inteligentes, pero mantienen un cierto apego a unos formulismos que ya se están olvidando. La duquesa de Montpelier, obviamente, lleva mucho tiempo viviendo sola, y cree que todo sigue… igual que fuera de esta casa. Tacto, querido Wallace, mucho tacto. De lo contrario, temo que no podrá estudiar usted los peces desde esta playa. ¿No lo cree así, señor Nash?

—Por supuesto —Malcom consultó su reloj—. Creo que deberíamos ir a cambiarnos, aprovechando la casualidad de que todos hemos traído nuestros *smokings* a un lugar donde pensamos haber venido solamente a trabajar.

Leduc inclinó la cabeza, riendo.

—Sería imperdonable que la señora duquesa acudiese antes que nosotros a la cena. ¿Señor Nash…? Leduc señaló amablemente la puerta, y Nash fue el primero en abandonar el salón. Afuera les estaba esperando Baptiste, muy serio y muy digno.

—Me he permitido subir el equipaje de los señores a sus respectivas habitaciones. Por aquí, por favor. Subieron los tres detrás de Baptiste, el cual se detuvo al llegar a lo alto de la escalera. Desde allí mismo, señaló tres puertas de las seis que se veían.

—Señor Wallace, señor Nash, señor Leduc… Les suplico que si algo no es de su gusto me lo notifiquen inmediatamente. En cuanto a la cena, *madame la duchesse* me ha rogado que les pregunte si desean algo especial, de su gusto particular.

—Por mí, estará todo perfecto, Baptiste. Gracias.

Baptiste inclinó la cabeza ante Nash, y miró ahora a Leduc, que hizo un elegante ademán de indiferencia. Tom Wallace se limitó a encoger los hombros. Entonces, Baptiste volvió a inclinar la cabeza, y regresó a la planta baja.

—¿No es formidable esto? —sonrió Leduc—. Creo que vamos a pasar unos días encantadores en esta villa, señores.

—No pienso estar aquí más de un día —dijo Wallace.

—Querido amigo británico: lo que usted piense vale bien poco aquí. En cambio, vale mucho lo que piense la duquesa. ¿Exacto, señor Nash?

—Creo que sí. De nuevo tiene razón, señor Leduc. Además, para estudiar los peces no creo que sea suficiente un solo día.

Melchior Leduc se echó a reir alegremente, mirando con ironía al británico, que no se inmutó, ya que, por supuesto, nadie estaba engañado allí respecto al verdadero trabajo que los retendría en La Mouette mientras Annette Simonet, duquesa de Montpelier, lo estimase conveniente.

—Nuestro compañero norteamericano de investigaciones… científicas es un hombre de palabra certera, Wallace. Y parece simpático. Esperemos que esta cordialidad no se estropee por nada entre nosotros. Sería muy lamentable. Ah, y otra cosa: yo me he enamorado de la duquesa, de modo que espero que me dejarán el campo libre en ese sentido.

Malcom sonrió la amable broma del francés, que, por otro lado, no habría resultado en exceso descabellada tan sólo unos pocos años antes. Y aun así, la duquesa era una mujer tan encantadora que podía suscitar un cierto amor cariñoso, amable, simpático…

—Habla usted demasiado, Leduc —dijo Wallace.

Y entró en su habitación. Leduc lo estuvo mirando, y luego suspiró como decepcionado.

—¿Por qué tienen que ser tan serios los británicos, Nash?

—En Inglaterra no suele hacer buen tiempo.

—¿Y…?

—Bueno… Nuestro amigo Wallace no debe conocer ese refrán español que dice… «A mal tiempo, buena cara».

Leduc volvió a reír, y se permitió palmear un hombro de Malcom.

—Pasaremos una grata velada en su compañía, Nash. Oh, y, por supuesto, estoy seguro de que la señora duquesa será una anfitriona excelente, ingeniosa, agradable… Ya nos veremos abajo.

—Desde luego.

Entraron los dos en sus habitaciones. Malcom Nash hizo inmediatamente lo mismo que, sin duda, debían de estar haciendo Wallace y Leduc: examinar el dormitorio en busca de micrófonos, o cualquier otro tipo de vigilancia invisible. El dormitorio era muy grande, daba al jardín, y los muebles resultaban viejos y grandotes, pero estaban limpios y brillantes. Las sábanas, en el borde, mostraban el escudo de la duquesa, en dorado y azul, no poco gastado ya, pero visible y reconocible.

No había micrófonos, ni nada que pareciera digno de

desconfianza. Sin embargo, Malcom Nash comprendía que tenía que estar alerta, sobre todo después de que la duquesa había demostrado claramente, por lo menos a él, que sabía que estaban buscando un satélite artificial, no un meteorito. ¿Cómo se había enterado la vieja gran dama? Naturalmente, la CIA no había pregonado a los cuatro vientos lo sucedido con su Spatial Spy-Cuatro. La presencia de Leduc y Wallace podía tener cierta justificación, habida cuenta de que el espionaje internacional nunca duerme. Podía haber mil medios por los cuales el Deuxième Bureau y el MI5 supiesen de la existencia de «S. S 4» y que había caído al mar precisamente en aquellos lugares. Pero… ¿cómo podía saberlo una anciana que todo lo que hacía era estudiar las gaviotas?

Descartada inmediatamente la idea de que ella había «visto» el satélite hundirse en el agua. Podía haber visto, eso sí, «algo» al rojo vivo que caía al mar. «Algo». De tal modo que ella debería haber admitido mejor que se trataba de un meteorito ardiendo que cualquier otra cosa. Imposible distinguir la forma de S. S 4 a aquella velocidad, y, además, brillando al rojo vivo por su velocísimo roce con la atmósfera. Entonces, sólo se podía pensar una cosa respecto a la duquesa: alguien le había dicho que lo que yacía ahora en el fondo del mar era un satélite artificial norteamericano…

Y esto complicaba mucho las cosas, ya que había que colocar a la sonriente y encantadora dama en uno u otro bando de espionaje.

No podía ser de otro modo.

«Bien —pensó Malcom—. Supongo que todos tendremos que ir aceptando sus… caprichos. Espero únicamente que, en definitiva, se ponga de parte de la CIA, aunque… aunque, claro, tendré que darle más de cien mil dólares».

Lo cual también le dio que pensar. Annette Simonet era una dama encantadora, ciertamente, pero… ¿quién le aseguraba a él que era cierto aquel cuento de la obra benéfica? Oh, bueno, sí… Podría ser cierto que ella estaba dispuesta a llevar a cabo tal obra benéfica, pero seguramente quedaría como un alma caritativa si regalaba veinte mil dólares, y, en cambio, decía que cien mil eran pocos; era de esperar que pidiese por lo menos lo mismo que estaba dispuesto a pagar Wallace en moneda inglesa: cien mil libras, o sea, un cuarto de millón de dólares. En cuanto a la oferta de Leduc de un millón de francos fuertes, rozaba, convertidos en moneda

yanqui, los doscientos mil dólares.

Total: que si ella percibía un mínimo de doscientos cincuenta mil dólares, hacía falta ser tonto para pensar que los regalaría todos a la obra benéfica. Además, ya lo había dicho ella misma: la obra benéfica debería extenderse también a ella misma…

Pero todo esto eran conjeturas, y quizás estaba pensando mal de la pobre señora.

Lo que sí era seguro es que alguien le había dicho a Annette Simonet que lo que había caído al mar era un satélite artificial. De lo contrario, ella jamás habría podido saberlo, por muy bien que hubiese visto aquel velocísimo objeto al rojo vivo cayendo en el mar…

Capítulo IV

El primero en bajar había sido Melchior Leduc. Estaba magnífico con su *smoking* de chaqueta blanca, su tostado rostro recién afeitado. Olía, muy varonilmente, por cierto, a masaje facial. Se hallaba sentado con elegante displicencia en uno de los enormes sillones, que de tan confortables casi ocultaban a quien los ocupaba… Sonrió al ver aparecer a Malcom.

—Hola, Nash.

—Hola.

—Mire, estaba seguro de que el primero en bajar sería nuestro amigo Wallace. Los ingleses son tan cumplidos en estas cosas…

—Pero también son puntuales. Y faltan casi quince minutos para las nueve, Leduc.

—Ah, es cierto, es cierto… ¿No quiere sentarse? Aunque no sé si aconsejárselo: estos sillones no son precisamente apropiados para el clima. Me pregunto por qué la duquesa no tiene un mobiliario más moderno y… adecuado.

—Quizás esa renovación de mobiliario le costaría un dinero… que actualmente no tiene.

—Juiciosa observación —sonrió Leduc—. Pero tengo la seguridad de que unos cuantos… científicos van a sacar a *madame la duchesse* de su… estancamiento económico. Incluso Wallace, que no parece demasiado amable, será generoso al marchar, estoy convencido de ello. Lo malo es que… Bueno, debemos temer que no… contribuya con demasiado tacto. ¿Por qué son tan engreídos los ingleses?

—Por lo mismo que los norteamericanos somos ingenuos y los franceses tan delicados, supongo —sonrió Nash.

—Es usted un hombre de mundo, Nash —rió Leduc, levantándose del sillón y acercándose—. ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias… Oh, aquí tenemos al señor Wallace. Y yo diría

que se siente un poco incómodo dentro de su *smoking*.

—Claro: tan negro, tan serio, tan sobrio… ¿Un cigarrillo, amigo Wallace?

Thomas Wallace aceptó el cigarrillo, en silencio, pero se quedó mirando hoscamente a Leduc cuando éste encendió ante él aquel bonito encendedor de oro. En cambio, Malcom había aceptado aquello con toda naturalidad, sin alterarse. Había tiempo de todo, seguramente. Y no sería sólo Leduc quien tomase microfotos de todo lo que se pusiese ante él, persona, animal o cosa.

Sin embargo, el británico hizo honor a la flema reconocida en el mundo entero, y acabó por encender el cigarrillo. Vestía un *smoking* completamente negro, mientras que Leduc y Nash lo llevaban de chaqueta blanca, más adecuado al clima.

—Ahora, lo ideal sería un buen aperitivo —sonrió Leduc—. Pero, tal como están las cosas, dudo que podamos darnos ese gusto…

Se volvió, porque acababa de oír el carraspeo en la puerta del salón. Baptiste estaba allí, siempre solemne, enfundado en un viejo frac cien veces lavado y planchado, pero todavía respetable.

—*Madame la duchesse* bajará inmediatamente… ¿Tornarán aperitivo los señores?

Se quedó mirando a Leduc, que frunció cómicamente el ceño, como muchacho pillado en falta; momento que aprovechó Tom Wallace para dirigirle una mirada irónica; con todo el sarcasmo británico, dijo:

—Creo que el señor Nash y yo no tenemos una prisa especial, y esperaremos a la señora duquesa. Pero el señor Leduc está… impaciente.

—¿«Byrrh», señor Leduc? —ofreció, impávido, Baptiste.

—Emmm… Bueno, esperaré a que baje *madame la duchesse*… Es lo correcto, ¿no?

Baptiste inclinó la cabeza y desapareció de la puerta. Nash y Wallace miraban irónicamente al francés, que encogió los hombros y sonrió.

—Acabo de perder unos cuantos puntos —admitió.

Madame la duchesse no se hizo esperar más de tres minutos. Y cuando apareció, los tres hombres se quedaron atónitos, boquiabiertos, paralizados de asombro, y, sobre todo, de

admiración.

—*Mon Dieu* —musitó Leduc—. *Est elle vraiment madame la duchesse*…?[1]

—Por favor, señor Leduc, le rogué… ¿O no lo hice? Oh, debo hacerlo ahora, entonces: hablaremos en inglés, corrientemente. Es el idioma de la mayoría de mis invitados.

Cierto. Era una voz para leer los mejores versos. Pero además, *madame la duchesse* tenía que haber sido en verdad una hermosísima mujer. Con aquel vestido de noche, descubiertos parcialmente los hombros ligeramente empolvados, aquel hermoso collar, la sonrisa en la boca todavía juvenil, la mirada alegre de sus hermosos ojos, bordeados de pequeñas arruguitas, su porte señorial, sus hermosas manos…

Madame la duchesse hizo comprender de pronto, a tres hombres hartos de correr mundo y aventuras de toda clase, que a los sesenta años una mujer no es en modo alguno una antigüalla.

Melchior Leduc fue el primero en llegar a su mano tendida, y besarla realmente, sin prisas. Luego, sin soltar la mano, se la quedó mirando admirativamente.

—Señora duquesa, lo dije antes y lo repito ahora: me he enamorado de usted. ¿Puedo… concebir esperanzas?

Annette se echó a reír, retiró su mano y la ofreció sucesivamente a Nash y Wallace. Baptiste entraba en aquel momento, con una gran bandeja en la que se veían cuatro copas. Malcom Nash se apresuró a tomar una, que ofreció a la duquesa, la cual agradeció la gentileza con una sonrisa.

—¿No hay respuesta? —sonrió Leduc.

—Son ustedes tres caballeros muy… apuestos, señor Leduc. Creo que me costaría mucho decidirme. Pero en verdad les aseguro que me habría gustado conocerlos cuando yo tenía… mmm… treinta años.

—¿Qué habría hecho entonces? —sonrió Nash.

—Pues como entonces ustedes eran todavía unos hermosos niños llenos de salud y sonrosados mofletes, habría podido besarlos a los tres.

—Todavía está a tiempo —rió Leduc.

—No, no… Baptiste no me perdonaría eso jamás. ¿No es cierto, Baptiste?

Baptiste inclinó la cabeza.

—*Madame la duchesse* no necesita ni ha necesitado nunca mis indicaciones para ser en todo momento una dama. Si *madame la duchesse* lo estima oportuno, serviré la cena.

—Sí, Baptiste. Gracias.

El mayordomo se retiró, los cuatro terminaron sus aperitivos, charlando alegremente, y luego Leduc quiso apresurarse a ofrecerle su brazo a la duquesa. Pero Malcom Nash había sido mucho más rápido en aquella ocasión, y la hermosa mano de la dama descansó en su brazo.

—Espero —sonrió— que la cena sea de su agrado.

* * *

De nuevo en el salón, tras la cena, Annette contemplaba amablemente a sus tres huéspedes, mientras removía el café con aquella innata elegancia de muchos años de señorío.

—Bien, señores… Debo confesar que jamás esperé una afluencia de visitas de tanta categoría… internacional en mi villa. Nada menos que tres hombres de Ciencia… Empezaremos por usted, señor Leduc: ¿qué es lo que espera encontrar en mi villa, exactamente?

—Mmm… Bien, no en la villa precisamente, señora duquesa. Pero sabemos que ha caído un meteorito en el mar, no muy lejos de su villa, posiblemente. Pensamos que sería interesante una búsqueda en el mar, para encontrar ese meteorito y estudiarlo… Es algo a lo que no puede resistirse un astrónomo, señora duquesa.

—Así parece… ¿Y usted, señor Nash?

—La historia es parecida a la del señor Leduc. Si a él, como astrónomo, le interesa el meteorito, tanto o más puede interesarme a mí, como geólogo para estudiar su composición, el grado de calor que haya podido alcanzar, su forma, si es de materiales existentes en la Tierra…

—Entiendo, entiendo… En realidad, a ustedes dos los entiendo muy bien, y encuentro lógico su interés por ese… pedazo de lo que sea. Pero el señor Wallace… No comprendo qué interés puede sentir un científico dedicado a estudiar la vida y circunstancias de los peces, por un meteorito… ¿Y bien, señor Wallace?

Thomas Wallace, carraspeó.

—Es bien evidente que cualquier cuerpo venido de más allá de los límites de nuestra atmósfera, llega a la incandescencia al entrar en contacto con ésta. En tales condiciones, cuando llega al mar, su grado de calor es… tan prodigioso, que produce perturbaciones allá donde caiga. En tierra firme, puede ser un cráter, por ejemplo, que más adelante quizás expulse lava o no… En el mar, ese calor súbito tan terrible, produce una… ebullición tan brutal e inesperada que por fuerza debe alterar la vida animal ictiológica. Por supuesto, producirá muchas muertes de animales menores, pero, algunos de los grandes que hayan estado cerca sobrevivirán a esa ebullición, sean del tipo que sean. Ahora bien, nosotros nos preguntamos: ¿en qué condiciones sobreviven esos animales a la ebullición, o quizás al contacto? Por tanto, para saberlo, sería interesante encontrar alguno de esos peces grandes afectados, y, naturalmente, estudiar los pequeños que hayan muerto abrasados, o… hervidos.

Hubo un segundo de estupefacción en todos ante tamaña mentira tan bien buscada, tan llena de lógica. El primero en reaccionar fue Melchior Leduc, que aplaudió suavemente con la mano derecha sobre el dorso de la izquierda, musitando, sonriente:

—Bravo, bravo… ¡Bis, bis!

—Por favor, señor Leduc —sonrió la duquesa—. Su ironía no me parece justificada en esta… ¿Qué ocurre, Baptiste?

El mayordomo estaba un poco sofocado.

—Los licores, *madame la duchesse*… Soy un torpe: Lamentablemente, acabo de romper en la bodega la última botella que usted había ordenado…

—Está bien. ¿Qué más tenemos, Baptiste?

—Por mi parte —se adelantó rápidamente Nash— tomaría ron con mucho gusto, señora duquesa.

—Y yo.

—También yo —sonrió Leduc.

—Bien. —Ella los miró con una sonrisa de agradecimiento a los tres—. Son ustedes muy amables. Ron para cuatro, Baptiste. ¿Qué le ocurre, señor Nash?

—Bueno, iba a fumar, pero temo que el humo…

—¿Me moleste? —Casi rió la dama—. Permítanme ofrecerles unos cigarrillos magníficos que son mi único… lujo. ¿Baptiste?

El mayordomo fue a una vitrina, y sacó una caja de finos cigarros, casi tan delgados como cigarrillos, pero largos como habanos. En primer lugar, ofreció la caja a la duquesa, y luego a los sorprendidos espías. Y antes de que Leduc hiciese funcionar su encendedor, Baptiste ofreció la llama de una cerilla a Annette, que encendió el cigarro con evidente placer, saboreando el humo, siempre sin perder ni una pizca de distinción, de elegancia.

—Espero que no estén demasiado sorprendidos, señores.

—Oh, no… Bueno, realmente, no vemos motivo para ello, señora duquesa —dijo Nash—. Por mi parte…

Afuera se oyó el motor de un coche. Casi enseguida, un frenazo. Annette miró a Baptiste, y le hizo un ademán hacia la puerta. El mayordomo se apresuró a salir. Regresó un par de minutos más tarde, evidentemente alterado. Se quedó en la puerta del salón, mirando a Annette.

—¿Bien, Baptiste?

—Debo hablar con *madame la duchesse*…

Ésta se volvió hacia los tres espías.

—¿Me perdonan?

Cogió su inseparable bastón y salió del salón, reuniéndose afuera con Baptiste, que musitó:

—Acaba de llegar un hombre, *madame*… Es alto, muy fuerte, y no parece tener… buen talante. Quiere hablar inmediatamente con usted, y asegura que su conversación será muy del interés de *madame la duchesse*.

—¿Ha venido solo?

—*Oui, madame.*

—¿Crees que lleva armas?

—Encima, no, *madame*. Pero lleva una gran maleta, y…

—Hablaré con él.

—Lo dejé en el saloncito azul, *madame*. ¿Quiere que vaya…?

—No. Sigue atento a mis huéspedes. Bien atento, Baptiste.

—*Oui, madame.*

Annette Simonet se dirigió al saloncito azul, entró y se quedó mirando al hombre que estaba expectante de cara a la puerta. Era en verdad un hombre muy alto, muy fuerte, rubio, de ojos grises. Debía de tener entre treinta y cinco y cuarenta años. Vestía pantalones oscuros, un jersey color canela, de manga corta, y

llevaba una gorra de yachtman con un cordoncito sobre la visera.

—¿Es usted la duquesa? —preguntó.

—Así es, señor…

—Ivan Nikolayev. Sí, ruso, desde luego —colocó aquella gran maleta sobre la mesa, la abrió y sacó entre sus manos unos cuantos fajos de billetes—. Señora: he venido a ofrecerle quinientos mil dólares americanos por ocupar su casa. Inmediatamente, deberán salir esos hombres que llegaron antes que yo. En cuanto a usted, deberá permanecer encerrada en la casa, así como su servidumbre, y ser ciega, sorda y muda.

Las delicadas cejas de la duquesa se alzaron amablemente.

—Temo mucho, señor Nikolayev, que prefiera mi vista, mi oído y mi lengua a sus quinientos mil dólares. ¿Tiene la bondad de marcharse de mi casa? Mi mayordomo…

—¡Espere! ¿Qué está diciendo usted?

—Que se vaya, señor. Me pareció que usted dominaba el francés no sólo para hablarlo, sino para entenderlo a los demás.

—También usted debería entender mi francés. Le he ofrecido medio millón de dólares americanos, en billetes contantes ahora mismo, por echar de aquí a esos tres hombres y decirme dónde cayó exactamente el espía americano.

—¿El… espía americano?

—El satélite-espía de los americanos que ha caído por aquí cerca. Lo estamos buscando cientos de agentes secretos, señora. He oído últimamente que alguien vio caer «algo» muy cerca de aquí, y enseguida me enteré de que en esta villa había tres invitados. Son tres espías, señora. Igual que yo. ¿Cuánto le han ofrecido por el satélite-espía americano? ¿Más de quinientos mil dólares? Yo ofreceré aún más. ¿Cuánto? Sólo tiene que decirme la cantidad, echar a esos hombres e indicarme el lugar exacto… Usted tuvo que verlo, me he enterado de muchas cosas sobre la vieja que ocupa esta villa, y sé que con unos prismáticos…

—Es usted un grosero, señor Nikolayev. Márchese. Ivan Nikolayev parpadeó.

—Perdone… Mire, es un trabajo que tengo que hacer… Necesito triunfar, señora. Quiero ese espía mecánico americano. ¿Un millón?

—¿En verdad quiere usted el satélite artificial, señor?

—¡Por supuesto!

—Bien… De momento, tomaré sus quinientos mil dólares. Luego, si se decide a hablarme con educación y modales, le escucharé. Finalmente, como no es usted el único que ha venido a ofrecer cierta suma por ciertos informes, tendrá que entrar en la competición. Esto es: le presentaré a mis tres invitados, y, ya juntos todos, quizá lleguemos a un acuerdo respecto a cuál de ustedes se lleva el satélite.

—Es absurdo perder el tiempo de este modo, cuando yo puedo darle tanto como le ofrezcan ellos tres juntos, señora.

—Le he dicho mis condiciones, señor Nikolayev. Acéptelas… o márchese.

Ivan Nikolayev comprendió que no iba a conseguir nada a su manera, de modo que se reprimió visiblemente y gruñó:

—Acepto. Perderemos algunos minutos.

—El tiempo que sea necesario, señor Nikolayev. Ahora, si me entrega su maleta con el dinero… Muchas gracias. Tenga la bondad de venir, por favor…

Ivan Nikolayev salió del saloncito azul, precediendo a la señora duquesa, que parecía tener dificultades para transportar la maleta con el medio millón de dólares. La dejó en el suelo, hizo una seña a Baptiste, que se apresuró a acercarse, y le señaló la maleta, musitando:

—Quinientos mil dólares, Baptiste: ya sabes.

—*Oui, madame* —palideció el mayordomo.

Pero se hizo cargo de la maleta y se alejó, mientras Annette caminaba ahora hacia el salón donde estaban sus otros tres invitados. El ruso la dejó pasar, esta vez, quizá porque se iba calmando y comprendiendo un poco mejor aquella insólita situación. Se quedó mirando fijamente a Thomas Wallace unos segundos, pero tuvo que atender al resto de las presentaciones.

—Ellos son Thomas Wallace, Melchior Leduc y Malcon Nash… Señores, les presento a Ivan Nikolayev, que ha llegado ahora mismo con muchas prisas por ofrecerme quinientos mil dólares americanos por el… «meteorito».

Ivan Nikolayev no se alteró lo más mínimo ante la fría acogida que le dispensaron sus colegas de espionaje internacional. Nada le importaba nada, excepto conseguir lo que quería. En cuanto a lo sorprendente de la situación, era de suponer que resultaba igual de

sorprendente para los demás, y si ellos estaban esperando, él también podría hacerlo.

—Creo que empieza a hacer verdadero calor aquí dentro —sonrió la duquesa—. Por favor, señor Wallace, ¿será tan amable de acabar de abrir esa ventana? Gracias... ¿Ron, señor Nikolayev?

—Cualquier cosa.

—Baptiste le servirá enseguida... No creo que tarde. Oh, creo que no le he dicho cuáles son las profesiones de mis demás invitados... El señor Wallace es ictiólogo, el señor Nash es geólogo y el señor Leduc es astrónomo. ¿Cuál es su profesión, señor Nikolayev?

Ivan los miró a los tres hosca, duramente. Por fin, sonrió con seca burla.

—Agente de la MVD soviética, señora. Un espía, como dice la gente. Me parece estúpido ocultarlo cuando estos hombres ya me han visto y serán capaces de reconocerme en cualquier circunstancia de aquí en adelante. Al igual que yo, en cuanto regresemos a nuestros puntos de partida, lo primero que haremos será proporcionar datos sobre los presentes aquí. Si podemos, tomaremos fotos, huellas dactilares... Lo que sea. Si no podemos, dictaremos los rostros y características físicas más notables a nuestros dibujantes especializados. En cuanto a ellos, me parece absurdo que insistan en ocultar su procedencia. Por lógica, podríamos decir que el señor Nash está trabajando para la CIA, el señor Leduc para el Deuxième Bureau y el señor Wailace para el MI5 británico... ¿Alguna duda más que resolver, señores?

Leduc miró amablemente a Wallace, sonriendo.

—¿No decía usted que yo hablo demasiado, Wallace?

—Siempre hay quien habla más —musitó el inglés—. Espero que el señor Nikolayev comprenda la difícil postura en que nos ha colocado a todos... Incluyéndose a él, naturalmente.

—No me gustan las hipocresías... cuando no son necesarias —sonrió secamente el ruso—. Espero que al menos el americano estará de acuerdo conmigo.

—Sólo en parte, señor Nikolayev —musitó Nash—. Podríamos haber resuelto esta cuestión de un modo más delicado.

—No sea estúpido. Ninguno de nosotros...

Annette Simonet alzó una mano hacia Nash, que había fruncido

el ceño y adelantado la barbilla.

—Caballeros, por favor… Es obvio que, pese a su… indelicadeza, el señor Nikolayev tiene su buena parte de razón. Sin embargo, él parece olvidar que quien tiene la batuta —movió graciosamente su bastón— soy solamente yo. ¿Alguno de ustedes sabe dónde está el satélite-espía de que hablan?

Nadie contestó. La duquesa se sentó entonces, suspirando; los miró uno a uno y sonrió.

—Yo sí lo sé. Por favor, sean tan amables de sentarse. Presiento que mi obra benéfica va a superar maravillosamente mis más optimistas cálculos y deseos.

Todos se sentaron. Annette Simonet tomó su cigarro y fumó pensativamente durante casi un minuto, absolutamente silenciosos todos. Por fin, la gran dama alzó la cabeza.

—Bien… El señor Nikolayev, hasta el momento, ha sido el más generaso. Quinientos mil dólares ha pagado ya por el informe… ¿Hay quien dé más?

—Seiscientos mil —dijo alguien, en la ventana.

Todos se volvieron hacia allí velozmente. Un hombre muy moreno de largos cabellos negros y ojos negrísimos y brillantes, movió una mano en cordial saludo.

—¿Cómo les va, «cuates»? —Sonrió, divertido; miró a la duquesa, abrió mucho los ojos y exclamó—: ¡Válgame Guadalupe linda…! Estaba convencido de que no sería tan señora como dicen, señora duquesa. Pero me humillo a sus pies, rendido servidor «pa» siempre.

Annette Simonet no se había alterado lo más mínimo. Sonreía plácidamente, y mientras ella hacía una graciosa inclinación de cabeza, Ivan Nikolayev gruñó:

—¿Quién es usted?

—«Pos» Lorenzo López… ¿Quién si no? Pasaba casualmente por este sitio, oí voces, estuve escuchando, y de pronto dije: «pos» lo que sea que se vende ahí dentro debe valer muchos pesos, Lorenzo, porque, si no, nadie daría quinientos mil dólares «yanquis»… ¿A que sí, «cuates»?

—¿No quiere usted entrar, señor López? —invitó Annette.

—¡Con mucho gusto, «retechula» señora…! —Saltó por la baja ventana, ágilmente, sin dejar de sonreír, y abrió los brazos—. Aquí

está Lorenzo López, no más.

La duquesa lo miraba atentamente, no poco divertida, según parecía. Lorenzo López no era muy alto, pero sí fornido, y había demostrado que agilidad no le faltaba. Vestía una cazadora de cuero, ya muy vieja, unos pantalones bluejeans y zapatillas deportivas. Era muy cerrado de barba, peludo…, pero simpático.

—¿Usted también busca un «meteorito», señor López?

—¿Por qué no, «madama»? ¡«Pos» no más es lo que todo el mundo está buscando, yo también lo buscaré!

—Es usted mexicano, claro.

—¡Y válgame Guadalupe…! ¿En qué lo han notado…?

—¿Del Servicio Secreto mexicano? —preguntó Leduc.

—A lo mejor sí, señor Leduc del Deuxième Bureau. No se me sobresalte, hombre, que ya le dije que he estado escuchando…

—¿Y por qué no siguió escuchando? Quizás hubiese sabido lo que le interesa sin tener que pagar seiscientos mil dólares…

—¡«Pos» claro que no, mi amigo…! ¿Usted cree que la señora va a decir así, lindamente, a todos a la vez, dónde está el aparato volador? Lo dirá a uno solo, cuando ella quiera. Entonces, «pos» yo quiero entrar en el juego. Claro —su sonrisa pareció petrificarse—, con el permiso de la MVD, el MI5, la CIA y el Deuxième Bureau…

—Todo esto es absurdo —masculló Nikolayev—. Si contásemos esto a alguien, diría que estamos todos locos. ¿Desde cuándo los servicios de espionaje como el nuestro han confraternizado de un modo tan idiota y…?

—Cálmese, Nikolayev —recomendó serenamente Wallace—. No estamos en guerra. Y puesto que las cosas han sucedido así, aceptémoslas. Ya no hay remedio. Supongo que somos todos lo bastante inteligentes para comprender que no vamos a empezar a matarnos unos a otros. El mundo es muy grande, y éste es… un percance sin importancia. Cuestión de dinero, tan sólo. ¿No es así, señora duquesa?

—Celebro que adopten esa actitud. Es cuestión de dinero, pero, como quizá recibamos más… invitados esta noche, la sesión se levanta, hasta mañana a las once. Baptiste les acomodará a ustedes, señor López, señor Nikolayev. Buenas noches, caballeros.

Y salió dignamente, sonriendo, dejando tras ella a cinco espías entre desconcertados y furiosos.

Capítulo V

No fue precisamente muy extensa la charla entre los cinco espías después de que se hubo retirado la duquesa. En realidad, tenían muy poco que decirse, dado que todo había sido dicho ya por el espía ruso que se hacía llamar Ivan Nikolayev. Podía o no podía ser su verdadero nombre, pero una cosa sí era segura: había sido el más descarado, y, al mismo tiempo, el más sincero de todos. Quizá porque esperaba obtener un resultado positivo de aquella sinceridad.

Resultado mínimo: la obtención de los informes que pudiese proporcionar la duquesa, amante de las gaviotas y otras aves. Con aquellos informes, no cabía duda de que Ivan Nikolayev, que parecía el más dispuesto a pujar hasta el límite, obtendría el satélite-espía llamado «S. S-4». Todo esto, claro, si los demás le dejaban salirse con la suya…

No era del todo cierta la aseveración de Tom Wallace de que «no iban a matarse entre ellos, porque estaban en paz, no había guerra». El espionaje no reconoce paz ni guerra. Simplemente, quiere una cosa y va a por ella, arrasando todo cuanto se le oponga…

Por supuesto, Nikolayev sabía esto quizá mejor que sus colegas de otros países. El espionaje ruso es muy duro. En general, se admite a cualquiera como espía: una doncella, un camarero, un mayordomo, una duquesa, un diplomático, un oficinista, un payaso ambulante… Todo el mundo puede desarrollar una labor de espionaje. Es simple: basta ver e informar…

Pero cuando el espionaje se convierte en acción auténtica, cuando hay que dar la cara y el pecho, sólo unos pocos sirven. La camarera se asusta, el camarero dice que no, el mayordomo cambia de casa y si puede de país, el diplomático dimite, el oficinista dice que no recuerda haber estado cobrando dinero de la MVD, la CIA, el MI5… Y el payaso se echa a reír… Cosa muy lógica, según parece.

No.

El espía de acción no es un hombre o una mujer corriente. Sería interesante extenderse en un tratado sobre los espías de acción, pero pocas palabras cumplen a veces el cometido de muchas: un espía debe ser la persona más capacitada para sentir miedo, inseguridad, espanto, casi horror, a veces. Y, todo eso junto, dominarlo cuando sea necesario… Su miedo puede ser grande, pero ha de vencerlo. Su rostro, tan conocido para él, puede ser reconocido por cualquier persona… Pero él debe tener la confianza de que nadie va a reconocerlo. Su pasaporte puede ser falso…, pero él debe obrar como si no lo fuera. Y, en todo momento, lo que caracteriza y distingue al espía de acción es la audacia. Una audacia que a veces parece fruto de la locura más completa. Cualquier cosa que exista en el mundo, él debe conocerla. Cualquier cosa que se pueda hacer, él debe estar seguro de que conseguirá hacerla. Mata, roba, huye, pelea… De cien mil espías, uno es seleccionado. Uno solo entre cien mil. Ése es el porcentaje auténtico en los ficheros mundiales del espionaje.

Pero cuando es seleccionado, cuando se le dice: tú eres uno entre cien mil, el espía sabe que lo esperan todo de él. Cualquier cosa, sea buena o sea mala. Todo lo que se le exige, al final, son resultados. Eso es lo único que, en definitiva, se exige al espía de acción: resultados.

Sí… Todo eso lo sabía muy bien Ivan Nikolayev. Y él estaba dispuesto a conseguir resultados. Pero, en pocos minutos, había comprendido que tenía tiempo. Aquella gente, empezando por la duquesa y acabando por aquel mayordomo, no tenían prisa. Muy bien: él tampoco la tendría.

De modo que se tumbó en la cama, encendió un cigarrillo, apagó la luz y se quedó pensando en que la luna era una espléndida iluminación. Y pensando también que un nuevo fracaso en su labor de espía de acción en la zona centroamericana podría regresarlo al lugar inicial de sus comienzos: un estibador en cualquier puerto de Centro o Suramérica.

Pero eso no iba a ocurrir, porque él, Ivan Nikolayev, conseguiría aquel satélite-espía norteamericano.

* * *

Pero los franceses, según parecía, tienen un carácter algo más apasionado, más precipitado, más ansioso.

Por eso, escondido, agazapado en su dormitorio, Melchior Leduc estaba manejando su pequeña radio de bolsillo, que hasta entonces había estado oculta en un rincón del doble fondo de su maleta.

—¿Jean? —preguntaba, en un susurro, Melchior Léduc.

—Sí.

—Estoy en la villa, de momento. Todo está un poco complicado, y me parece que va a ser difícil conseguir ese satélite-espía americano. Pero tengo ya cuatro fotografías muy interesantes. Quiero que vengas a recogerlas.

—¿Esta noche?

—Desde luego. ¿Tomas nota?

—Un momento… ¿Ahora?

—Allá van, Jean. Primera fotografía: corresponde a un británico, que se hace llamar Thomas Wallace. Naturalmente, trabaja para el MI Cinco. Es pecoso, alto, cabellos lisos, ojos claros… Inconfundible en cuanto veáis la foto. Segunda fotografía: corresponde a un hombre que dice llamarse Malcom Nash, y que, según podemos casi asegurar, está trabajando para la CIA. Es alto, atlético, cabellos castaños, ojos del mismo color… Parece simpático e inteligente. Tercera fotografía: es la de un hombre que dice ser ruso, llamarse Ivan Nikolayev y que, ni más ni menos, trabaja para la MVD. Un tipo alto y fuerte como un tigre, de ideas claras y lengua suelta… Cabellos rubios, ojos claros. Expresión adusta. Cuarta fotografía: pertenece a un mico que apareció a última hora, por una ventana, y que dice llamarse Lorenzo López, mexicano… Pretende que trabaja para el Servicio Secreto de México. Es desenvuelto, caradura, muy moreno, cabellos largos, ojos negros. ¿Has tomado nota?

—Claro, Melchior.

—Bien. Ahora, te informo sobre las primeras fotografías. Dos de ellas corresponden a un hombre llamado Baptiste, que parece ser el mayordomo de esta villa desde hace no sé cuánto tiempo, y que lleva un montón de años junto a la duquesa. Hay otras dos fotos, de una chica joven y muy bonita, de ojos azules, cabellos claros, cuerpo magnífico.

—*Une bibelot?*

—Algo así. Es preciosa, realmente, Jean. Muy discreta, callada,

modosita... Sólo la vi al llegar. Luego, no la he vuelto a ver. Se supone que ha estado en la cocina, o sea, que, además de doncella, es cocinera y camarera. Se llama Monique. Debe de tener unos... veinticinco años, aproximadamente. Te aseguro que es en verdad sensacional. Y, por último, vamos a la duquesa. Es una gran dama... Tengo seis fotografías de ella, y te aseguro que tan sólo en su aspecto... artístico vale la pena. Mi opinión es que a ella no debéis buscarla en los archivos. Por supuesto, está enterada de todo, pero no es una espía profesional. Es... una amable dama anciana que está haciendo lo posible por sacar partido a su favor de esta situación. De todos modos, ved si tenemos algo de ella. Nunca se sabe... Por el momento, Ivan Nikolayev ha ofrecido medio millón de dólares americanos por los informes respecto al lugar donde cayó el satélite-espía. Pero el mexicano apareció para ofrecer seiscientos mil dólares. Y así han quedado las cosas, de momento. Eso quiere decir que la duquesa, a estas horas, está pensando en el modo de conseguir que alguno de nosotros ofrezcamos un millón de dólares...

—Mon Dieu, Melchior... ¡Un millón de...!

—Calma, Jean. El aparato vale eso y mucho más, de modo que estaremos al tanto del asunto. Ahora, atiende: son las veintitrés horas y doce minutos. A la una hora y cinco minutos del próximo día, es decir, dentro de ciento trece minutos, vas a venir a La Mouette... A pie, naturalmente. Deja el coche algo lejos. Sé discreto. Entras en la villa, te acercas a la piscina y esperas allí. Yo llegaré exactamente dos minutos más tarde. ¿Control?

—Las... veintitrés horas... doce minutos... nueve segundos...

—Perfecto. Eso es todo.

—Pero... ¿Vas a dejar las cosas así?

—Naturalmente, Jean. Y otra cosa: no quiero a nadie por aquí. Vamos a resolver esta cuestión nosotros solos, los que estamos en esta villa. Es un espionaje especial éste. Tenemos la esperanza de que no va a morir nadie. Digamos que es un... espionaje... científico. Eso es: un espionaje científico. Todo va bien. Nada más, Jean. Corto.

Cortó, en efecto. Escondió la radio, volvió a mirar su reloj de pulsera, hizo un rápido cálculo del tiempo que le quedaba, encendió un cigarrillo y se tumbó en la cama, en calzoncillos y camiseta.

Tenía ciento doce minutos de tiempo. Casi podía echar un sueñecito antes de que Jean se acercase a la villa a recoger el microfilme con las fotografías. Realmente, Melchior Leduc no tenía grandes esperanzas de triunfar sobre el ruso Nikolayev, y, sobre todo, por encima del norteamericano que decía llamarse Malcom Nash. Éste sería, sin duda, quien ofrecería más por los informes. A toda costa, naturalmente, Estados Unidos no iba a permitir que Rusia se hiciese con el satélite-espía…

Pero no tenía por qué pensar tanto. Jean llegaría dentro de ciento once minutos, y él le entregaría las fotos. De lo perdido, es siempre una buena idea sacar todo lo que se pueda. ¿Cuatro espías internacionales? Pues algo es algo.

Jean llegaría allá dentro de… ciento diez minutos.

* * *

Jean llegó, efectivamente, ciento diez minutos más tarde. Había dejado el coche casi a un kilómetro, pero había calculado el tiempo con sumo cuidado, teniendo en cuenta con toda exactitud la distancia que debería recorrer a pie.

No le costó ningún esfuerzo especial entrar en la villa. Y una vez dentro, fue sumamente fácil acercarse a la piscina. Se acuclilló junto al tronco de un árbol, bajo su sombra proyectada por la luna, y se dispuso a esperar. Consultó su reloj luminoso. La una y cuatro minutos. Es decir, que Melchior tardaría todavía tres minutos en aparecer.

Hasta allí llegaba el rumor del mar, canto de grillos… Una lechuza ululó fuera de la villa, posada en cualquier árbol. No se veían luces en la casa, y todo tenía la máxima apariencia de tranquilidad. En las quietas aguas de la piscina, la luna trazaba una ancha raya de plata, que se agitaba suavísimamente, como rizada…

Una tranquilidad, una calma, parecidas a las que, en otras ocasiones, habían precedido a una pelea feroz, súbita, con enemigos que salían por sorpresa de los más inesperados lugares y…

Pero no.

En aquella ocasión todo iba bien. Vio la inconfundible silueta del elegante Melchior Leduc, en pijama, separándose de la casa y acercándose a la piscina, rodeándola, de modo que en todo

momento estuvo bajo una u otra sombra de árbol.

Por fin, llegó junto a él.

—¿Todo bien, Jean? —musitó.

—Sí. ¿El microfilme?

—*Voilà*! —Melchior se lo entregó, en una pequeña cápsula—. No te olvides de pasar mi mensaje: no quiero intervenciones, de momento. Y comunica también que un millón de francos nuevos es cantidad irrisoria actualmente. Cuando me sea posible, te llamaré para saber si puedo ofrecer más y cuál es el límite.

—*Très bien*, Melchior.

—Respecto a las microfotos que te he entregado, recalca bien que son, por el momento, a título informativo respecto a los personajes que estamos aquí, en La Mouette. Más adelante decidiremos lo que conviene hacer. Pero, por ahora, debemos supeditarlo todo a conseguir ese satélite-espía americano. No hagáis nada hasta que yo avise.

—¿Es todo?

—Todo. *Adieu*, Jean.

—*Au revoir, cher* Melchior.

—No te muevas hasta que yo esté dentro de la casa.

—Bien.

Leduc se alejó de su compañero, siempre siguiendo el mismo camino de sombras. Jean estuvo allí, inmóvil, hasta que comprendió que Leduc había entrado en la casa. Se palpó el bolsillo donde había guardado la cápsula conteniendo el microfilme y empezó a deslizarse silenciosamente hacia las verjas. Bien, al menos, mientras esperaban la decisión que finalmente tomara Melchior Leduc, sabrían quiénes eran los hombres que los demás servicios secretos habían enviado a La Mouette. Eso les iba a proporcionar cierta ventaja, porque consultarían rápidamente los archivos de París, y quizás en el Deuxième Bureau constasen ya aquellos nombres y se pudiese saber algo que condujese a un más fácil éxito en aquel asunto del espionaje científico, como había dicho Melchior.

Claro que si Melchior…

¡Clock!

El golpetazo resonó en la cabeza de Jean como el estallido de dos grandes rocas chocando. Tuvo la depresiva sensación de que la tierra se abría bajo sus pies, que las estrellas se encendían en un

tono rojo brillante, y que la luna se…

¡Clock!

Ya no tuvo ninguna impresión.

Primero había caído de rodillas. Y al recibir el segundo golpe cayó de bruces, hundiendo su cara en la tierra esponjosa y bien cuidada del jardín de *madame la duchesse* de Montpelier… La magnífica silueta femenina apareció junto a él, bajándose los pantaloncitos del pijama. Se quedó quieta, sujetando con las rodillas los pantaloncitos mientras sujetaba en un muslo la pistola, utilizando dos tiras de esparadrapo.

Luego, la graciosa damita se inclinó junto a Jean, y la luna se reflejó un instante en sus blancos dientes, mostrados en una sonrisa amable.

—*Ah, mon p'tit… Tu n'as pas de bonheur, naturellement.*[2]

Los finos deditos femeninos encontraron inmediatamente la cápsula que contenía el microfilme; cápsula que pasó en el acto a uno de los bolsillos del pijama tan gracioso con su puntilla en el borde. Luego, la manita de la mujer tocó la nuca de Jean, y de nuevo brillaron a la luz lunar los blancos dientes. Había que admitir que Jean tenía algo de suerte… Al fin y al cabo, otros hombres más grandes y fuertes que él habían muerto de dos golpes en la cabeza.

Y él, por el momento, estaba vivo. Muy bien.

Melchior Leduc había hecho su juego.

¿Cuál sería el próximo en intentar su propia jugada?

* * *

Ivan Nikolayev consultó una vez más su reloj. Eran las dos y media de la mañana… O sea, la hora apropiada para sorprender a todos. No se hacía demasiadas ilusiones, pero sí estaba firmemente decidido a salirse con la suya.

Y aquella hora era la mejor para intentarlo. Si los demás se habían esforzado en mantenerse despiertos, era posible que a aquella hora hubiesen sido vencidos ya por el sueño; y de eso haría tan poco que el sueño sería profundo, pesado. Quizá despertasen pronto, pero siempre dormirían un mínimo de una hora. En cambio, si hubiese intentado hacerlo una hora antes, por ejemplo, era probable que todavía los demás hubiesen estado resistiendo el

sueño. Claro que… Bien, era poco probable pillar durmiendo a un espía que sabe que está rodeado de otros cuatro; pero él tenía que conseguir sus propósitos…

Se incorporó, lentamente. Sabía que la duquesa dormiría en la planta baja, porque de este modo la anciana dama se evitaba en sus entradas y salidas de su dormitorio tener que estar todo el día subiendo y bajando aquella escalera de piedra y ladrillo… Incluso estaba seguro Nikolayev de que junto a la duquesa, en el dormitorio contiguo, dormía la doncella; una actitud muy prudente por parte de la duquesa, pues no es conveniente estar muy aislado cuando se pasa de cierta edad…

Abrió la puerta de su dormitorio, lentamente, silenciosamente. Estuvo casi dos minutos escuchando algún posible ruido en el pasillo que llevaba al tramo de escalera. Nada. Silencio absoluto. A1 parecer los espías no roncan durmiendo. ¿O… no duermen?

Se deslizó, siempre con lentitud y cautela, adoptando todas las precauciones, por el pasillo. Miró hacia abajo y vio el vestíbulo, con manchas de luz lunar que entraba por las dos ventanas a ambos lados de la gran puerta de entrada. Bajó, siempre despacio, siempre evitando el menor ruido.

Y, una vez abajo, estuvo otros dos minutos inmóvil, alerta todos sus sentidos… Nada.

Silencio.

Aunque… No. No del todo. Al fondo, hacia el final del pasillo que se abría entre las habitaciones de la planta baja, se oía un ruido… Ronquidos. Ivan Nikolayev sonrió. He ahí la diferencia entre ser un pacífico mayordomo o un espía. El mayordomo puede permitirse el lujo de roncar, de dormir a pierna suelta…

Siguiendo la dirección que le iba acercando a los ronquidos, llegó al pasillo. Había allí cuatro dormitorios, dos a cada lado. Los ronquidos sonaban en el segundo de la derecha. Había que descartar, además, la posibilidad de que la duquesa durmiese en el de enfrente. La dama, sin duda, había elegido para su aposento uno de los dos primeros, más grandes…

El problema estaba en saber cuál de ellos. Y allá, en pie, inmóvil en la completa oscuridad, la fría mente del espía trabajó con plena lógica. El mayordomo dormía en el segundo a la derecha. Por tanto, el primero de la derecha tenía que estar vacío, ya que no era lógico

pensar que Baptiste durmiese pared con pared con la duquesa. Eso le correspondía a la doncella, que así podría oír mejor la posible llamada de la anciana, a través de la pared; en cambio, si la voz de la duquesa tenía que cruzar todo el pasillo, la cosa se dificultaba más que si tenía que atravesar una pared solamente. Por tanto, pues, la cosa quedó decidida así en la mente de Ivan Nikolayev: Baptiste, en el segundo de la derecha. La doncella llamada Monique, en el segundo de la izquierda. Y la duquesa, en el primero de la izquierda.

Lógica pura y simple.

Como también le pareció absolutamente lógico que la anciana duquesa no se encerrara con llave por dentro, ya que si se encontraba indispuesta o precisaba algo…, ¿cómo podría entrar Monique?

Asió el gran pomo de bronce y lo hizo girar lentamente. Invirtió en ello casi quince segundos, siempre atento, recordando que algunos ancianos tienen el sueño muy ligero.

Abrió la puerta, despacio, sujetándola como si quisiera sostenerla por sí mismo con todo su peso. Cuando tuvo la abertura necesaria para pasar, entró, cerró tras él, ahora un poco más rápido, ya convencido de que los goznes no chirriaban.

Luego, se volvió, hacia la cama. La luz de la luna entraba por la ventana y daba en los pies del lecho. Y en éste se oía ahora, quedamente, una suave respiración rítmica, tranquila.

Sacó la pistola, se acercó y, de pronto, se sentó en el borde de la cama y apoyó la punta de la pistola en la garganta de la durmiente.

—Duquesa.

Oyó el cambio de respiración, un quejido leve. El blanco de dos ojos fue visible en la oscuridad atenuada por el reflejo lunar en las paredes del dormitorio.

—Buenas noches, duquesa. Soy Ivan Nikolayev. Tenga la bondad de levantarse y vestirse. Por favor. La mujer se incorporó en la cama, lentamente, mientras Nikolayev se apartaba un poco.

—Tengo la esperanza, duquesa, de que usted y yo nos las arreglaremos para ir ahora mismo al lugar donde…

Ivan Nikolayev calló bruscamente, porque sus ojos, ya más acostumbrados al reflejo de la luz lunar, estaban viendo ahora con mucha más nitidez a la duquesa. Que no era la duquesa, sino una

mujer joven, hermosa, de largos cabellos oscuros, o así lo parecían. Parecía…

Ivan Nikolayev estaba tan sorprendido que recibió en plena garganta el golpe que aquella joven y hermosa mujer le propinó con el canto de la mano, lanzada horizontalmente. Fue un golpe tan inesperado, y sobre todo tan fuerte y bien aplicado, que el gigantesco Nikolayev saltó de la cama, casi desvanecido…

Y tuvo suerte, porque es fácil morir bajo los efectos de un golpe de esa clase.

Todavía pudo apretar el gatillo de su pistola con silenciador, pero fue más bien un acto reflejo que voluntario, y la bala dio en el techo, arrancando blancas costras de cal.

Al mismo tiempo, el descalzo pie de la joven dama golpeaba su mano, arrancándole la pistola. Y antes de que el ruso tuviera tiempo de sobreponerse a la sorpresa y al primer golpe sobre todo, el otro pie de la muchacha del pijama con puntillas holandesas le alcanzó, de talón, en el centro del estómago, siempre con aquella sorprendente dureza y eficacia.

Y Nikolayev apenas pudo ver cómo la hermosa joven se inclinaba hacia él y de nuevo le golpeaba con el canto de la mano, ahora en la nuca. Fue fulminante. Un hombre, por grande y fuerte que sea, tiene los mismos centros nerviosos que el más raquítico ejemplar humano. De este modo, Nikolayev se olvidó, siquiera fuese por el momento, de todas sus ambiciones y todos sus problemas.

Entonces, la joven y peligrosa luchadora dijo amablemente, en ruso:

—Querido Ivan, tú tampoco tienes suerte, precisamente. Pero es natural: los hombres, en general, son tontos.

Capítulo VI

Malcom Nash se despertó, sobresaltado. Afuera ya se veía el tono anaranjado del nuevo día. Y muy pronto desaparecería ese tono para dejar establecido el normal. Muy rápidamente, porque en el trópico es velocísima la transición entre la noche y el día.

Alzó el brazo izquierdo, miró la hora y soltó un gruñido: las cinco y media. Fecha: nueve de noviembre. De mil novecientos sesenta y seis, claro. Lo del año era muy importante, porque cuando un espía se duerme, puede ocurrir que despierte en el año del Juicio Final.

Se levantó y fue hacia la ventana. Abajo vio la piscina, las flores, los hermosos árboles frondosos. Al fondo, el mar. Y algunas manchas blancas, con la inconfundible silueta de las gaviotas… Un espectáculo maravillosamente bucólico.

Espionaje científico, había dicho Melchior Leduc. Bien… Quizá fuese cierto, y la situación pudiese arreglarse pacíficamente. A fin de cuentas, había en el mundo muchos agentes secretos que ya no eran tan secretos, y seguían trabajando. Todo es siempre cuestión de audacia, de saber maquillarse o disfrazarse convenientemente, de no temer que uno pueda ser reconocido en cualquier momento. Además, en efecto, últimamente las cosas no estaban demasiado mal. Sólo que, claro, cualquier espía puede decidir, en cualquier momento, apretar el gatillo o dar unas cuantas cuchilladas, o…

«De momento —pensó—, éste es un pacífico espionaje científico. No te apresures, Malcom».

Volvió a mirar el reloj, hizo un gesto de fastidio y se acercó a la puerta. La abrió, miró el pasillo y luego estuvo escuchando unos minutos. Por fin, con gesto de aburrimiento, cogió una de aquellas grandes sillas de madera y paja y la colocó ante la ventana. Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

No creía que la duquesa se levantase antes de las diez.

* * *

A las diez menos cuarto, Malcom Nash apareció en el salón. El único que estaba ya allí era el mexicano, que lo miró con aquella sonrisa tan impertinente e irónica.

—Buenos días, señor Nash. ¿Durmió bien?

—Demasiado bien.

—Oh, no… Eso no, amigo. Dormir es… morir un poco, según dicen algunos. Pero… ¡qué muerte tan dulce y agradable, ¿verdad?!

Nash encogió los hombros.

—¿No ha bajado nadie más?

—Desde luego que sí: el inglés. Es un tipo muy serio.

—¿Dónde está?

—Ah… Misterio, mi amigo. Estuvo aquí, apenas dijo «buenos días», miró con esos prismáticos hacia el mar —señaló los potentes prismáticos de la duquesa— y salió sin decir «adiós» o «hasta luego».

—No está en la playa —gruñó Nash.

—Pues estará en otro sitio. ¿Es cierto que usted trabaja para la CIA, señor Nash?

—Piense lo que quiera.

—Como el ruso dijo…

—No me importa lo que dijera Nikolayev.

—Cáspita, y qué humor tan perro me tienen ustedes hoy, señor Nash… ¿Por qué enfadarse? Éste es un asunto tranquilo, sosegado, simpático… ¿Preferiría que todos anduviésemos a tiros por aquí? Hombre, ya será así en otra ocasión, ¿no? Mire, diariamente uno anda por esos mundos jugándose el pellejo del modo más tonto. Yo creo que de cuando en cuando viene bien un descanso de éstos… Todo sonrisas, una dama exquisita, y la única pelea será con dinero. Oh, estoy dispuesto a perder, claro… Me gustaría que ustedes me fuesen arrojando fajos de billetes a la cara. Les dejaría… —Se echó a reír—. Sí, les dejaría el satélite y me iría con el dinero. ¿No es divertido?

—¿Quiere que le diga lo que pienso de usted, López?

—«Pos»… Bueno, ¿por qué no?

—Es usted irritante.

Malcom dio media vuelta, salió del salón y luego de la casa. Se

acercó a las rocas donde la tarde anterior estuviera Melchior Leduc, y miró hacia la playa. Pero Tom Wallace no se veía ni siquiera desde allí… No se veía por parte alguna.

No poco amoscado, el agente de la CIA regresó hacia la casa. En aquel momento, una vieja camioneta se acercaba a la villa. Se detuvo ante las verjas, y un mulato viejo y seco como un alambre se apeó y llamó. De la parte de atrás de la casa apareció Monique, que se acercó rápidamente a la verja. Malcom la vio abrir, y el mulato entró con la camioneta. Dijo algo a la muchacha, ésta subió, riendo, y la camioneta continuó hacia el lugar desde el cual había llegado la escultural y graciosa Monique.

Nash fue hacia allá y se encontró en el patio exterior de la cocina, rodeado de algunos plátanos de anchas hojas. El viejo mulato estaba descargando verduras, frutas, botes… Junto a la camioneta, Baptiste, tan solemne como siempre, iba anotando las entradas de viandas en la villa de *madame la duchesse*.

—*Mais oui: cent kilos de pommes-de-terre…, à dire c'est*… Oh, buenos días, señor Nash. ¿Puedo servirle en algo?

—¿Duerme todavía la señora duquesa?

—No creo… A las diez y media en punto, cada día, desayuna su café, tostadas y media piña. Espero que todos ustedes estarán puntuales en el comedor, señor Nash.

—Puedo asegurarle que yo sí. ¿Hay inconveniente en que entre en la cocina?

—Por supuesto que no. Si me permite…

—Siga, siga…

Malcom entró en la cocina. Monique, ante una gran mesa de mármol blanco, estaba examinando media docena de piñas, que iba colocando en una bandeja de madera. Se olía a café y a pan tostado, en efecto.

—Buenos días, Monique.

—¡Oh!

La dulce doncellita se volvió, sobresaltada, muy abiertos los ojos. Malcom Nash sonrió afablemente.

—¿La he asustado?

—*Mais oui, monsieur*… Pero no tiene importancia. Estaba muy distraída con mis propios pensamientos. Malcom pensaba, por su

parte, que la doncella de *madame la duchesse* era una figurita de lo más graciosa y escultural, con aquella cintura tan fina, las piernas tan bien dibujadas, el seno pujante, no demasiado grande… Con aquella cofia, el delantalito blanco, los zapatos de tacón alto y el vestido de seda negra estaba sencillamente magnífica. No parecía demasiado inteligente, eso sí. Lástima…

—¿Y son interesantes?

—¿Cómo…?

—Sus pensamientos. ¿Son interesantes?

—Oh, pues… Bueno, hay pocos pensamientos de mujer que sean interesantes, señor Nash. Las mujeres tenemos… pensamientos insignificantes, de esos que a los hombres les aburre escuchar. Pequeños problemas sin importancia.

—¿Usted tiene problemas?

—No, no… Preocupaciones pequeñísimas, *monsieur*. Ocurre que estaba acostumbrada a manejar la casa para tres personas, solamente, y ahora somos ocho. Son cinco camas más, las comidas… Ya ve, pequeñas cosas que a los hombres les aburre escuchar. ¿O no, señor Nash?

—Pues… francamente, sí —sonrió Malcom—. ¿Ha visto usted al británico?

—¿El señor Wallace? Oh, sí, lo vi hace… media hora, quizás. Iba hacia el interior, paseando…

—¿Solo?

—Sí…

—Parece que algo la tiene… perpleja, Monique. ¿Qué es ello?

—Pues el señor Wallace llevaba un… aparato raro en las manos. No lo vi bien… Iba caminando sin mirar otra cosa que el aparato… Parecía una brújula…

Malcom Nash se mordió los labios. Alzó bruscamente el brazo, para mirar la hora: las diez y veinte… Seguramente, no iba a conseguir nada yendo detrás de Wallace; eso, aparte de que la duquesa bajaría muy pronto para el desayuno…

—¿Le ocurre algo, señor Nash?

—No… Gracias, Monique. Iré al salón, a esperar a la señora duquesa. Y le diré que tiene una doncella preciosa.

—*Merci, monsieur* —rió la doncella, alegres sus ojos claros—. Usted y el señor Leduc son muy amables.

—Sí… Muy amables. Hasta luego, Monique.

—*Au revoir, monsieur.*

Malcom salió calmosamente de la cocina. Pasó junto a Baptiste de nuevo, muy tranquilo…, y en cuanto estuvo fuera del alcance de su vista, apretó el paso. Estaba dispuesto a encontrar a Tom Wallace inmediatamente. Por supuesto, el británico estaba utilizando un…

Se le ocurrió mirar hacia las ventanas del salón, y vio a Tom Wallace en una de ellas, mirándolo, con un cigarrillo colgado de los labios y una cierta expresión irónica en su impávida mirada. Nash entró en la casa, luego en el salón, y se dirigió directamente a Wallace.

—Atienda, Wallace. Si usted usa trucos, los demás lo haremos también. Las cosas van bien por ahora, pero si hay que…

—¿De qué está usted hablando? —le interrumpió Wallace.

—De su detector. Sé que anda por ahí utilizando un detector en busca del satélite. Mire, ese ruso puso las cosas demasiado claras entre nosotros. Y… creo que él tiene razón: ésta es una situación absurda.

—¿Y se le ocurre solucionarla de algún modo razonable, Nash?

—A los cincuenta años, ustedes serán unos viejos amargados y apopléticos —dijo tras ellos la voz de Lorenzo López—. Y el mundo seguirá dando vueltas, y otros satélites-espía estarán en el cielo… ¿No lo comprenden?

Malcom se volvió hacia el mexicano, fruncido el ceño, justo en el momento en que Melchior Leduc, hundido en un sillón, decía:

—De acuerdo con el espía mexicano. Están ustedes tan… ávidos, que ni siquiera saludan a los colegas. Y ya que hablamos de colegas: ¿dónde está nuestro vociferante y muy expresivo colega ruso? Y no me digan que durmiendo, porque todos sabemos que eso es imposible.

—¿Qué nos importa a nosotros dónde esté? —dijo López.

—Pues sí que nos importa, señor López, porque parece que todos somos aquí un poquito… decentes, y no nos gustaría que nuestro colega de la URSS nos jugase una mala pasada. ¿No es cierto, señores? Claro que las malas pasadas son, precisamente, las cosas que mejor sabe hacer un agente secreto. Sin embargo…

—Usted, Leduc, habla demasiado, es cierto —refunfuñó Nash.

—Pero digo… ¡Oh-oh, la señora duquesa!

Se puso rápidamente en pie y fue al encuentro de Annette Simonet, que los miraba desde la puerta, sonriendo de aquel modo tan dulce y amable, tan encantadora y señorial como el día anterior.

—¿Ya están discutiendo, caballeros? Leduc besó la mano de la dama.

—Pequeñas diferencias entre espías, *madame la duchesse*. Parece ser que el señor Wallace se dedica a buscar el satélite con un detector, lo cual no es del agrado del señor Nash, particularmente. Luego, el señor Nikolayev no se ha dignado aparecer todavía, y tenemos la… desagradable impresión de que está jugando sucio…, que es como mejor juegan los rusos.

—¿Los franceses no? —sonrió la duquesa.

—Oh, bueno —sonrió. Leduc—. Sólo cuando es absolutamente necesario.

Annette Simonet se echó a reír. Hizo señas a Baptiste, que estaba tras ella, y le ordenó que subiese a rogar al señor Nikolayev que acudiese al salón, donde ya estaban todos reunidos. Luego, ayudándose con su bastón de bambú, caminó hacia el sillón de junto a la ventana, se sentó, cogió los prismáticos y estuvo un par de minutos mirando hacia la playa, sin que nadie se atreviese a molestarla. Cuando dejó los prismáticos, se volvió hacia el centro del salón, sonriendo.

—Hace dos días que no les llevo pescado, y… ¿Qué ocurre, Baptiste?

Todas las miradas estaban fijas en el mayordomo, que había esperado a que la duquesa dejase los prismáticos, en silencio.

—El señor Nikolayev no está en su dormitorio. Ni en la casa. *Madame la duchesse* recordará que anoche, siguiendo sus instrucciones, devolví la maleta con el dinero al señor Nikolayev… No está tampoco la maleta, ni el dinero, ni ningún objeto o prenda de uso personal del señor Nikolayev. Sólo un papel.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, *madame la duchesse*.

—Pero… No comprendo… ¿Qué papel es ése?

—Estaba en su mesita de noche. Me ha parecido que debía traérselo a *madame la duchesse*.

Cogió la bandeja en la que había colocado el papel y la llevó ante la dama, que cogió la nota con sus finos deditos parcamente

enjoyados. Lo abrió, alzó las cejas y se quedó mirando desconcertada a su alrededor.

—No sé… Supongo que el señor Nikolayev ha escrito esto en ruso… No entiendo nada. ¿Alguno de ustedes puede leer el ruso, caballeros?

—Con su permiso —se adelantó rápidamente Wallace; tomó la nota, la leyó primero para sí y luego en voz alta—: «Señora, estaré de vuelta mañana al amanecer lo más tarde, y traeré dos millones de dólares».

—¿Eso dice el señor Nikolayev, Wallace?

Malcom Nash, que se había colocado detrás de Wallace, asintió con la cabeza.

—Eso dice, señora duquesa.

—Bien… No sé qué pensar… ¿Qué opinan ustedes?

—Por mi parte —dijo acremente Wallace—, creo que podemos prescindir todos del señor Nikolayev, señora. No me parece grato esperar aquí veinticuatro horas el regreso del ruso. Si los demás están de acuerdo conmigo, que levanten la mano.

Nash, López y Leduc la alzaron inmediatamente. La duquesa los miró uno a uno, con expresión preocupada, reflexiva.

—Bien… ¿Qué creen ustedes que debemos hacer, caballeros?

—Estamos cuatro. ¿Qué necesidad tenemos de un quinto espía, señora duquesa? —sonrió el mexicano.

—Parece que todos piensan igual… ¿Puedo sugerirles que desayunemos y discutamos luego una… solución?

* * *

—¿Qué solución propone usted, señora? —preguntó Wallace.

—No sé… Debe de existir alguna que satisfaga a todos por igual, me imagino. .

—¿A todos? —musitó Nash, asombrado—. ¡Eso es imposible!

—¿Por qué, señor Nash?

—Porque todos queremos ese satélite. Y tenga en cuenta que pertenece a Estados Unidos.

—Oh, sí, pero… no estamos en Estados Unidos, señor Nash, sino en la isla Martinica. Una isla que ha consumido casi toda mi vida. Es una isla… inquietante. Siempre estamos temiendo una nueva…

manifestación de furia de Mont Pelée… ¿Sabían ustedes que en mil novecientos dos erupcionó, ocasionó un terremoto y arrasó buena parte de la isla? Y sepultó un pueblecito muy simpático llamado Saint Pierre. Desde entonces, todos estamos temiendo que vuelva a erupcionar, pero…

—Perdón, señora —musitó Wallace—. No me considere descortés, pero estamos tratando otro asunto.

—Oh, es cierto… Yo le decía al señor Nash que no estamos en Estados Unidos, sino en Martinica… Bien: eso quiere decir que el satélite, posiblemente, esté en estas aguas jurisdiccionales…, no en las de Estados Unidos. En todo caso, debería ser recogido por nosotros, los de la isla. Luego, el gobierno de Estados Unidos debería solicitarlo formalmente, y entonces…

—Y entonces todo se alargaría y complicaría mucho —gruñó Malcom Nash.

—Sí… Es de temer, señor Nash. Pero, por otra parte, es indiscutible que el satélite pertenece a Estados Unidos. Eso, claro, me coloca en una posición… difícil.

—No tanto, señora duquesa. Acepte usted mis condiciones, dígame dónde está el satélite, lo recupero, y todo terminado.

—¿Y cuáles son sus condiciones, señor Nash?

—Quinientos mil dólares. Dígame dónde está exactamente y tendrá usted medio millón para su obra benéfica.

—Yo ofrecí seiscientos mil —recordó el siempre sonriente López.

—Y el señor Nikolayev asegura que volverá con dos millones —sonrió mansamente la duquesa—. Debe tener eso en cuenta, señor Nash.

—Y usted ha de tener en cuenta que el satélite es mío.

—Perdón, Nash —dijo Leduc—. Será del que lo encuentre. No olvide que está usted entre espías, no entre niños que discuten por una pelota.

Nash enrojeció.

—¡Escuche, Leduc, si usted…!

—Caballeros, caballeros… Por favor. —La duquesa alzó ambas manos—. Hemos tenido un desayuno amable, y no es cuestión de estropearlo. A mis años, eso es muy molesto. Veamos, señor Nash: ¿qué contiene ese satélite que pueda ser considerado… especial, o sea, materia de espionaje?

—¡No puedo revelar eso! —exclamó Nash.

—¿Por qué no?

—¡Pero eso resulta obvio, señora duquesa!

—¿Obvio? Dígame, ¿contiene secretos militares?

—No, no —mintió Nash.

—¡Claro que contiene secretos militares! —estalló Wallace—. ¡Por cien mil demonios, Nash, usted es…!

—Señores —la duquesa se puso en pie—, si ustedes no se comportan como caballeros, me veré obligada a retirarme. Y si hago esto, les aseguro que ese satélite no lo encontrará ninguno de ustedes.

Los cuatro hombres quedaron silenciosos. Irritados, pero silenciosos. La duquesa los miró lentamente, uno a uno. Luego, se sentó de nuevo, suspirando.

—Quedamos, pues, en que no contiene secretos militares. En tal caso, vamos a suponer que sí contiene… información científica. ¿Acepta usted esto, señor Nash?

—Emmm… Sí. Sí, desde luego.

—Bien. Entonces, vamos a regirnos por eso. Para mí, y ya no admitiré más discusiones, ese satélite contiene tan sólo información científica. Una sola palabra más que sugiera que ese satélite contiene cualquier otra cosa, y les rogaré que abandonen mi casa. ¿Entendido, caballeros?

Los cuatro espías asintieron con un gesto, y la dama hizo una inclinación de cabeza.

—Gracias. Entonces, estamos todos comprometidos en un clarísimo caso de espionaje científico, como muy bien dijo el señor Leduc. El espionaje científico, señores, no perjudica a nadie… ¿De acuerdo?

De nuevo las cuatro cabezas se movieron afirmativamente.

—En tal caso —prosiguió Annette Simonet—, es evidente que los secretos de ese satélite son inofensivos para todos. Pero… —Hizo una pausa larga—. Pero, al mismo tiempo, serían beneficiosos para todos. Eso me parece evidente. ¿A ustedes no? Bien entendido que la Ciencia no perjudica a nadie y, como digo, puede favorecer a todo el mundo. Por tanto, me parecería justo que todos los conocimientos científicos estén al alcance de todos los seres humanos…

—¿Adónde quiere ir a parar? —musitó Leduc.

—Es simple, señor Leduc… Pero, antes, aclaremos un punto muy importante para mí. Es el siguiente: el señor Nikolayev me ha ofrecido dos millones de dólares por ser él quien recoja el satélite, así que yo debería decirle a él dónde está ese satélite. Pero el señor Nikolayev no está, y ustedes sí están. Están aquí, ejerciendo su… espionaje científico. Como hemos decidido prescindir del señor Nikolayev, serán ustedes cuatro quienes podrán recuperar el satélite. Bien entendido, por supuesto, que yo voy a cobrar los dos millones de dólares.

—¿Cómo… cómo dice…?

—Yo seré la dama que habrá ayudado a la Ciencia, señores. Como agradecimiento a mi ayuda, me regalarán dos millones de dólares, porque se han enterado de mis propósitos de beneficencia, y quieren colaborar. Todo el mundo me conoce en la Martinica. La… generosidad de ustedes será muy bien acogida por mi pueblo adoptivo, que me quiere mucho, y sabe que me he arruinado por ayudarlos en todo. Esos dos millones arreglarán muchas cosas, yo estaré satisfecha, y ustedes tendrán sus informaciones… científicas.

Malcom Nash consiguió salir de su asombro.

—Ustedes… —susurró—. ¿Se refiere a los cuatro?

—Por supuesto, señor Nash. Cada uno de ustedes deberá proporcionarme quinientos mil dólares. Luego, yo les digo dónde está exactamente el satélite. Ustedes lo sacan a la superficie, obtienen la información filmada o fotografiada, y obtienen, además, tres copias más. Así, cada uno tendrá su copia, su información científica. Oh, el satélite será para el señor Nash, por supuesto. ¿Qué me dicen?

Los cuatro hombres se miraron unos a otros. No se engañaban, desde luego. Sabían que en cuanto el satélite estuviese a la vista, la pelea sería inevitable ya que, por supuesto, la información que contenía no podía ni debía ser compartida. Sin embargo, el único medio de convencer a aquella anciana que les estaba pareciendo un poco chiflada, era aceptar. Luego…

Luego, se arreglarían las cosas al modo de ellos, no de la señora duquesa. Y en aquel cambio de miradas los cuatro espías lo comprendieron así.

—Acepto —dijo Nash.

—Y yo.

—Yo también.

—Y yo.

—Magnífico —sonrió Annette Simonet—. Ahora, falta el pequeño requisito de los quinientos mil dólares que ha de aportar cada uno para mi obra benéfica. ¿Cuándo podrán tener ese dinero?

—Tres horas —dijo Leduc.

—Más o menos, lo mismo —dijo Wallace.

—Yo tendré suficiente con dos —aseguró Nash. El mexicano sonrió divertido.

—Pues yo necesitaré por lo menos cuatro, señores. Lo siento.

—No se preocupe. Estoy segura de que todos estarán de acuerdo en esperar cuatro horas, señor López. De modo que… Son las once… A las tres, todos aquí con el dinero. ¿Alguno de ustedes sabe bucear?

—Imagino que todos, señora —dijo secamente Wallace.

—Espléndido.

—¿Deberemos buscar cada uno un equipo submarino…?

—Pues… Ya pensé yo en eso —sonrió la duquesa—. Una previsión de anciana distraída, pero que por esta vez no lo ha estado tanto… ¿Sabe usted cuánto pesa el satélite, señor Nash?

—Ejem… Unas mil libras… Dudo mucho que entre cuatro hombres podamos sacarlo del agua, señora duquesa. Mientras esté en el agua, sí podremos manejarlo, porque pierde más del sesenta por ciento de su peso; pero en cuanto tengamos que llevarlo a tierra firme…

—Lo harán ustedes cuatro solos, señores. Sean sensatos: si están pensando en alguna de esas sucias jugadas a que tan aficionados son los espías…, según dicen, piensen que todos lo pensarán. Entonces, en lugar de ser uno por bando, serán cien por bando. ¿Y qué? La proporción será la misma. Y quizás alguien se enfade, efectúe un disparo… Del primero al último disparo, siempre hay muchos muertos. Si algo ha de pasar que resulte desagradable, es mejor que haya cuatro muertos a que haya cuatrocientos, ¿no?

—Caritativa filosofía la suya, señora duquesa. Pero me gustaría saber cómo piensa usted que cuatro hombres podamos llevar mil libras de hierro por la playa.

—Eso, igual que lo de los trajes de goma, tubos de aire, lancha a

motor y otras pequeñas cosas, ha sido previsto por mí. A las tres, tendrán en la playa todo lo necesario para recuperar el satélite.

—Asombroso —sonrió López—. Y asombrosa mujer, señora duquesa.

—Oh… Una pobre anciana que sólo piensa en el modo de ayudar a los demás… Dos millones de dólares bien invertidos será la solución para muchos pequeños apuros y alguna necesidad grande. En cambio, a sus servicios de espionaje, medio millón más o menos no creo que los arruine. Lamento que hoy no podamos almorzar juntos, caballeros.

—Nos arreglaremos por ahí —sonrió Leduc—. Pero estoy seguro de que todos echaremos de menos su compañía.

—Es que… son ustedes unos caballeros tan amables… Ah, señor Nash, hay algo que yo no… acabo de comprender respecto a ese satélite. Bueno, no es que sea una experta, claro, pero tengo entendido que cuando caen al mar, esos… artefactos quedan flotando. ¿O no?

—Así es.

—Pero éste se ha hundido…

—Por supuesto. Fue una precaución que tuvo que adoptarse al ser construido. Hay un compartimento cuya válvula se abre cuando el satélite se detiene. Entonces, entra el agua y se hunde.

—¿Como un submarino?

—Algo así —sonrió Nash—. Como comprenderá, lo del hundimiento estaba previsto.

—Pero luego se complican ustedes la vida para recogerlo, Nash —deslizó Wallace—. ¿No es así?

—Si el sistema de radio no se hubiese estropeado, Wallace, usted habría llegado aquí cuando el satélite ya hubiese estado camino de Estados Unidos.

—En realidad, imaginamos que se estropeó algo más que el sistema de radio —rió Leduc—. De otro modo, ni enterarnos, nosotros. Esperemos que el sistema de fotografías no se haya estropeado o que haya entrado agua por alguna fisura y se haya velado todo…

—Sería gracioso —dijo Lorenzo López.

—¿Qué le ve de gracioso? —Gruñó Nash.

—Pues… Yo creo —rió también Leduc— que el amigo y colega

López tiene sentido del humor; y me pareció que usted también lo tenía, Nash.

—Bien… Bueno —Malcom sonrió, de pronto—. Realmente, sería bastante gracioso que ninguno consiguiésemos esas fotografías… científicas. Opino que no debemos perder más tiempo. Hasta luego, señora duquesa.

—*Au revoir*… Ah, señor Nash… Bien, esto va para todos, en realidad. Les aseguro que la menor señal de que ustedes han solicitado colaboración, dará lugar a mi silencio más obstinado respecto al lugar donde está ese satélite. Y les costaría encontrarlo, créanlo, sin mi ayuda.

—¿Para qué molestarnos en solicitar colaboración? —dijo Leduc —. Como usted bien ha dicho, la proporción sería la misma. Además, alguna que otra vez resulta emocionante resolver las cosas individualmente. ¿No es cierto, Wallace?

El británico encogió los hombros, se despidió de la duquesa y fue el primero en salir, a toda prisa. Los demás le siguieron muy pronto, y *madame la duchesse* quedó sola en el salón, sonriendo. Tomó los prismáticos y los enfocó hacia la playa. Había gaviotas blancas, muy blancas… En verdad que eran bonitas…

—Ejem… *Madame*…

—Oh, Baptiste… ¿Lo has oído todo?

—*Oui, madame*. Y debo decirle que me parece todo muy… peligroso, de veras. No sé si nosotros podremos… estar a la altura de las circunstancias.

—Siempre se puede estar a la altura de las circunstancias. ¿Qué tal se portan nuestros invitados secretos? Supongo que no deben sentirse muy cómodos en la bodega, detrás de esos grandes barriles… ¿Están bien atados y convenientemente amordazados?

—*Mais oui, madame*. Con toda seguridad. ¿Debo llevarles desayuno o almuerzo…?

—Nada. Ni siquiera agua, Baptiste. A veces es conveniente pasar un par de días sin probar bocado. Libera no pocas toxinas de nuestro miserable cuerpo…

Baptiste sonrió con incontenible admiración.

—*Oui, madame*. ¿Desea algo, puedo servirla…?

—Nada, Baptiste. Gracias. Estaré aquí, mirando la playa, las gaviotas… ¿Sabes que en verdad resultan interesantes? Son unos

pájaros… simpáticos.

—Emmm… Si me lo permite…

—Por supuesto, Baptiste. ¿Qué es?

—Debo decir que *madame* sí es en verdad simpática. Con todos los respetos, *madame*.

—¡Gracias, Baptiste! —rió la duquesa—. Y ahora, déjame. Tengo que pensar todavía en muchas cosas. Los espías no podemos distraernos nunca.

Capítulo VII

A las tres menos diez de la tarde, Lorenzo López apareció en la playa, casi corriendo, llevando un grueso maletín de lona roja, que dejó caer sobre la arena, suspirando. Los otros tres ya estaban allí, y los miró socarronamente.

—«Pos» no, señores… No han tenido suerte… Pude llegar a tiempo. En mi reloj son las…

—Sabemos que ha llegado a tiempo, López —dijo secamente Thomas Wallace—. Y esperamos que ese maletín contenga, efectivamente, quinientos mil dólares.

—«Pos» claro que sí, «cuates»…

Nash señaló hacia un punto algo alejado, siguiendo la playa.

—Eso es cosa de la duquesa, no nuestra.

—Claro —sonrió el mexicano—. Ustedes…, ni yo, claro, pensamos dedicarnos a obras benéficas, ¿verdad? Se quedó mirando el punto señalado por el espía norteamericano. Allá, como a doscientas yardas, se veía la inconfundible silueta de la duquesa, completamente rodeada de gaviotas. Hacía un sol claro y ardiente, y el mar, de un tono gris espeso, parecía aplastado bajo el calor, casi inmóvil, en una calma chicha que inspiraba muy poca confianza para las próximas veinticuatro horas. Cuando los hombres dejaron de hablar, sólo se oyó, a lo lejos, el graznido incesante de las gaviotas que rodeaban a *madame la duchesse*.

—Una dama interesante —musitó López—. Pero seguramente es un poco corta de vista, y aún no sabe que ha llegado el último espía.

—Ya lo ha visto, López, no tenga la menor duda. Pero aún no son las tres.

—Bien… Eso me permitirá descansar unos minutos…

—No demasiados. Creo que mientras ella está con sus pajarracos, nosotros podemos dedicarnos a colocarnos los equipos.

No sé cómo, pero esa señora ha conseguido una lancha magnífica. Apuesto algo a que pertenece a uno de los ricachos de Port de France.

—¿Y los equipos?

—No sé… Pero ella es capaz de conseguir cualquier cosa. Seguro que se los han prestado en una tienda de artículos deportivos. ¿Y bien, López? ¿Ha descansado ya?

—Por Guadalupe, «yanqui»… Usted quiere matarme… de cansancio, claro.

—La búsqueda, aun siguiendo las indicaciones de la duquesa, puede durar horas. Supongo que todos estamos de acuerdo en que conviene encontrar el satélite antes de la noche. ¿Nos cambiamos?

—Y así evitaremos a la duquesa el bochorno de vernos poco menos que desnudos mientras nos ponemos los trajes de goma y todo eso —rió Leduc—. Aunque… no sé por qué, pero creo que es una dama que ha vivido lo bastante para no asustarse por cuatro pares de piernas peludas. Vamos a cambiarnos a la lancha.

La lancha estaba anclada a unas tres yardas de la orilla, pero a ninguno le importó lo más mínimo mojarse los pantalones. Subieron a la vez, y comenzaron inmediatamente a colocarse los equipos. Cuatro buenos equipos de hombre-rana, muy completos, de color amarillo bien visible. Aparte de la pareja de tubos de aire para cada uno, en la lancha había ocho parejas más, por si eran necesarias. Había cuchillos, cinturones de plomo, seis fusiles de arpón, una docena de lentes de cristal antiempañable, linternas acuáticas, brújulas…

—Asombroso —musitó Leduc—. ¿No lo cree así, Nash?

Malcom se limitó a asentir con la cabeza. Era en verdad asombroso. La previsión de la vieja duquesa sobrepasaba un poco los límites lógicos, incluso. Lo cual afirmó a Nash en su creencia de que aquella mujer estaba trabajando dirigida por alguien. Alguien que sabía de espionaje posiblemente más que ellos cuatro juntos. Difícil, pero no imposible. A veces, teniendo las mismas cualidades y conocimientos en las mismas materias, un espía tiene ese don especial, esa «chispa personal» que lo diferencia muy ventajosamente de cualquier otro espía.

—Creo que la duquesa ha terminado su obra benéfica con las gaviotas —informó López.

Todos miraron hacia allá, mientras continuaban poniéndose los equipos. La duquesa, rodeada por encima de no menos de cuatro docenas de gaviotas, caminaba como en un agradable paseo hacia la lancha, hundiendo su inseparable bastón en la dorada arena.

—Si fuese de blanco —rió el mexicano— parecería otra gaviota.

La duquesa llegó cuando los cuatro espías estaban dando los últimos toques a sus equipos, ayudándose unos a otros, asegurándose los atalajes de los tubos de aire, repasando las boquillas…

—¿Todo bien, caballeros? —preguntó desde la playa.

—Muy bien —contestó Leduc—. Estaremos listos en menos de tres minutos, señora duquesa. ¿Va a venir con nosotros?

—Oh, no… Ya no estoy para viajes de esa envergadura, señor Leduc. Les estaré esperando en la casa, si les parece bien.

—Pues sí, pero… ¿adónde vamos?

—Hay un papel muy doblado metido entre el cristal y el marco del parabrisas. En él, están escritas las instrucciones. Estoy segura de que cualquiera de ustedes sabrá interpretarlas debidamente, con toda exactitud.

Leduc fue el primero en llegar allá. Encontró enseguida el papel, doblado muy apretadamente. Lo sacó, lo desdobló y lo puso ante él, de modo que todos pudieran verlo. El mapa marino era de una claridad tan completa que no hacía falta ser espía con conocimientos especiales de geografía o cartografía para comprenderlo.

—A unas dos millas mar adentro… No: dos millas y catorce pies, exactamente, veo que está anotado aquí abajo… La línea de referencia estará formada por la proa de la lancha, con la popa hacia el oeste, y las rocas que hay delante de la casa, que deberán coincidir con la ventana de la duquesa.

—Fiuuu —silbó Nash—. A eso le llamo yo exactitud. Es evidente que ella debió de ver caer el satélite.

—Seguro —sonrió fríamente Wallace—. ¿Y también ha medido la distancia de dos millas y catorce pies mar adentro? Otra cosa: ¿alcanzan sus prismáticos las dos millas?

—Y más —aseguró Leduc—. Bastante más, Wallace.

El inglés movió negativamente la cabeza.

—Voy a decirles algo: no me gusta esto. No me gusta la duquesa.

—Es una dama encantadora —sonrió López.

Nash, que todavía no se había colocado la capucha de goma, se estaba rascando la coronilla.

—Supongo que en la CIA no querrán creerme todo esto cuando pase mi informe. Lo único que me consuela un poco es que no estoy departiendo con la MVD. Habría sido muy desagradable.

—Creo… que podríamos hacer un pacto —musitó Wallace—. Somos cuatro hombres que nos jugamos la vida casi diariamente, cada uno al servicio de su país. Eso no me parece… reprobable. Sería distinto si fuésemos espías mercenarios, pero trabajando cada uno para el servicio de inteligencia de su respectivo país, podemos considerarnos como… unos caballeros… ¿No creen?

—¿Qué está sugiriendo, Wallace?

—Bien… Podríamos obtener cada uno nuestra parte de ese satélite. Nash se quedaría con el aparato, desde luego. Opino que todos habríamos tenido éxito, y… consideraría de muy buen gusto que luego nos olvidásemos completamente unos de otros. A fin de cuentas, nuestros intereses, no hace mucho, fueron muy ligados.

—¿Quiere decir que no debemos pasar informe de los demás a nuestros archivos?

—Sería una buena idea.

—Yo creo —dijo Leduc— que lo primero que tenemos que conseguir es el satélite. Luego… ya hablaremos.

—¿Acaso envió ya sus fotos, Leduc? —Gruñó Wallace.

—Pues… Lo lamento, pero así es.

—¿Y los demás?

López y Nash negaron.

—Creo que me he precipitado un poco —sonrió Leduc—. Por mi culpa no vamos a poder sellar ese pacto.

—Hablaremos más tarde. Ahora, vamos a por ese aparato. ¿Lleva usted la lancha, Nash?

—Está bien.

Malcom Nash se dirigió a los mandos, mirando hacia la playa, como los demás. Todos pudieron ver a la duquesa, sosteniendo en una mano el maletín de lona de Lorenzo López, que se uniría prontamente, sin duda, con los otros tres lotes de quinientos mil dólares. La anciana dama alzó su bastón en gesto de despedida.

—No me gusta —insistió Wallace.

—Esperemos que no nos haya colocado en la lancha una bomba y… ¡pum!, todos al cielo —dijo López.

Los otros se miraron, sobresaltados, pero el mexicano se echó a reír y sacó un aparatito del bolsillo, que tenía un pequeño visor con una aguja, que permanecía inmóvil.

—Tranquilos, «cuates». Mi «amigo» dice que no hay explosivos a bordo, ni mecanismo de relojería, ni nada de eso. Vamos a por el chisme caído del cielo.

Guardó de nuevo el aparato en un bolsillo del pantalón y dejó caer éste en la cubierta. La lancha se alejaba ya de la playa. Y en ésta, la duquesa de Montpelier seguía diciendo adiós con su bastón. En silencio, Leduc, López y Wallace acabaron de colocarse los cinturones con plomos y de revisar los atalajes. Luego, mientras el mexicano gobernaba la lancha, Nash dejó también en orden su equipo. La playa iba quedando atrás, dorada, cegadora. Encima, unas cuantas gaviotas tenían la esperanza de que los seres humanos tirasen sus residuos de comida al mar…

Recorrieron las dos millas en poco más de tres minutos, tal era la velocidad de aquella lancha, que parecía a punto de echarse a volar cada vez que saltaba sobre una ondulación del agua. Los cuatro hombres permanecían silenciosos, con la mirada fija en el mar…

Y cada uno de ellos tenía el pleno convencimiento de que, en el mismo momento en que el satélite estuviese en un lugar desde el cual pudiese ser transportado o manejado, surgirían las dificultades entre ellos. Por lógica, Malcom Nash era el más indicado para iniciar la pelea, ya que, evidentemente, un agente de la CIA no podía permitir que el esfuerzo y gasto de ésta fuese en beneficio del Servicio Secreto mexicano, del MI5 y del Deuxième Bureau, a los cuales servicios de espionaje les saldría muy barata una información que a la CIA, en combinación con la NASA, les costaba no menos de veinticinco millones de dólares…

Sí. Habría contratiempos en cuanto el metálico aparato caído al mar estuviese en un lugar desde el cual poder transportarlo.

Pero, hasta entonces, los cuatro hombres permanecerían unidos.

Lorenzo López detuvo la lancha y señaló a Nash el pequeño telémetro que había sobre el cuadro de mandos.

—Vaya dándonos indicaciones, Nash.

—Está bien.

Los otros tres saltaron al agua y fueron moviendo a mano la lancha, mientras Malcom Nash, con el telémetro y a simple vista iba dando instrucciones, buscando la distancia en el telémetro y la coincidencia de la proa de la lancha con las rocas de la playa y la ventana de *madame la duchesse*…

—A la izquierda de popa… Adelante unas tres yardas… Un poco más a la izquierda… Un poco más… ¡Ahora!

Dejó el telémetro y se asomó a la borda.

—Es por aquí. Cubriremos el área del fondo los cuatro juntos, nadando en sistema de rastrillo. Hay que calcular que la desviación puede alcanzar incluso los doscientos pies…

—El fondo está lleno de algas —informó Leduc—. Va a ser un trabajo duro, Nash. Son grandes masas, capaces incluso de sostener el peso del satélite… Y hasta es posible que las corrientes submarinas hayan alejado esa masa de algas, llevándose el satélite lejos de aquí.

—Hay que buscarlo, Leduc. Eso es todo. ¿Qué profundidad máxima calcula?

—En algunos puntos diría que alcanza los doscientos pies. Y hasta más.

—Y está muy oscuro todo —dijo el mexicano—. No lo encontraremos.

—Si quiere abandonar, López, hágalo ahora. Vaya a buscar sus quinientos mil dólares, y nosotros…

—No soy tan grandote como ustedes. Pero le apuesto diez centavos, Nash, a que aguanto tanto como el que más de ustedes.

—Entonces, a trabajar.

Les tiró a cada uno una linterna y un fusil de arpón. Luego, provisto de lo mismo, saltó al, agua, tras soltar toda la cuerda del anclote, en un intento por fijar la lancha. Malcom Nash se colocó los lentes y la boquilla, cerró la mano y apuntó con el pulgar hacia abajo. Fue el último en hundirse…

Dos horas después, los cuatro hombres estaban tendidos en la lancha, respirando a pulmón libre el aire del mar. No tenían ganas ni necesidad de hablar. El satélite-espía no aparecía, y eso era todo. Nash permanecía con los ojos cerrados, completamente estirado en la cubierta, con los brazos y piernas formando una X. Notaba el

calor del sol en todo el cuerpo, y sus pulmones iban recuperando la energía.

Media hora más tarde se incorporó, y, en silencio, volvió a ponerse el traje de goma. Los demás le imitaron, también en silencio, cansados, bastante decepcionados. No cambiaron una sola palabra. De nuevo equipados, ya utilizando tubos de aire de repuesto, los cuatro se lanzaron otra vez al agua. El fondo parecía ahora un poco más oscuro, pero algunos rayos de sol formaban sorprendentes dibujos sobre las algas, y todavía más sorprendentes cuando las atravesaban y llegaban algo más al fondo…

Explorada una zona, los cuatro espías empezaron sistemáticamente la búsqueda en la otra, ya establecida…

Y veinte minutos después, Malcom Nash variaba la dirección del haz de su linterna, hacia el rostro de Tom Wallace, luego hacia el de Lorenzo López, y, por último, hacia el de Melchior Leduc. Cuando supo que todos estaban pendientes de él, dirigió la luz hacia el fondo, unos veinte pies a su izquierda… La luz dio de lleno en algo que brilló con más intensidad de lo visto hasta entonces, y los cuatro se precipitaron hacia aquel objeto brillante, envuelto en algas que parecían bailar en torno a él, en el fondo, entre unas cuantas rocas. La suerte les había favorecido: el peso del satélite había empujado las algas hacia abajo, hasta el hueco, de modo que quedó entre las rocas de tal modo que las corrientes submarinas ya no pudieron moverlo.

El satélite-espía.

Allí estaba con sus letras blancas de la NASA bien visibles. En el otro lado, el signo de identificación:

«S. S.-4». Y debajo, las letras USA.

Malcom Nash descolgó el rollo de alambre de su cinturón y ató sólidamente un extremo a una de las anillas de recuperación del satélite. Luego, empezó a ascender, seguido de los demás. A unas quince brazas de la superficie, el rollo de alambre llegó a su fin y Nash, por señas, pidió el suyo a Wallace, que comprendió al instante. Se hizo un nudo con los dos alambres, mientras López y Leduc descendían de nuevo. Leduc ató su alambre a otra anilla, subió y empalmó el de López al extremo del suyo. Con aquella longitud había ya más que suficiente. Subieron los cuatro un poco más, esperaron la descompresión entre dos aguas, y poco después

salían a la superficie. Subieron a la lancha, ataron los extremos a la borda y se quitaron los trajes de goma. Nash se dejó caer en cubierta, y los demás lo imitaron: ya no había demasiada prisa.

Un cuarto de hora más tarde, López se sentó en cubierta.

—¿Lo subimos ya?

Los demás se sentaron también, y Leduc señaló el tablón.

—La plancha… Habrá que colocarlo ahí y tirar de él. Son mil libras, señores.

—Lo rebajaremos a ochocientas —casi sonrió Nash—. Saltaré al agua y comprimiré la válvula, para que el agua sea expulsada.

—Estupendo, Nash… Bueno, vamos a izar el… fabuloso colega que hemos encontrado.

Se protegieron las manos con trozos de lona y empezaron a tirar de los alambres, dos de cada uno. Se notaba el peso, pero cuatro hombres fuertes tirando de un peso que en el agua debía de ser de apenas cuatrocientas libras, tenían que conseguirlo. Cuando quedó a la vista, pegado al casco, Nash se tiró al agua, en *slip*, y oprimió la válvula. Un chorro de burbujas fuertemente impulsadas salió a flote, creando un pequeño cráter de espuma blanca. El peso disminuyó un poco. Luego bajaron el tablón, y Nash lo colocó pegado al satélite. Se quedó abajo, manteniendo el tablón lo más horizontal posible, mientras los otros tres tiraban del alambre con todas sus fuerzas. El sudor empezó a aparecer en los tres rostros, chorreando por el cuello hacia los pechos jadeantes.

—No… no podemos, Nash…

Nash tampoco podía mantener en alto el extremo del tablón. Se hundía continuamente, y su aspecto reflejaba un agotamiento mucho mayor que el de los otros espías.

—López, lleve… la lancha hacia la playa… Allá será más fácil…

—De acuerdo… Suba, Nash.

—No… Iré con el satélite, oprimiendo la válvula, o volvería a llenarse de agua. Remólquennos a los dos.

—Está bien…

El mexicano se puso a los mandos. El motor de la lancha rugió y empezó a moverse, cada vez más deprisa, remolcando al agente de la CIA y al satélite-espía, que ahora flotaba fácilmente.

Cuando la lancha se detuvo en la playa, casi varada en la arena, Wallace se tiró al agua y arrastró a Nash a tierra firme.

—¿Está bien, Wallace? —preguntó Leduc.

—Sí… Pero agotado. Descansaremos un poco, Leduc.

—El satélite se va a hundir si no lo sacamos enseguida.

—Déjelo. Nash expulsará otra vez el agua cuando se reponga… Ya lo tenemos, y aquí, en la playa. Eso es lo importante.

Capítulo VIII

No hacía ni diez minutos que habían desembarcado, cuando oyeron el motor de un vehículo a sus espaldas. Incluso Nash, ya recuperado, se volvió velozmente. Leduc hizo más aún: corrió al agua, abordó la lancha y tres segundos después estaba tumbado en la proa, con su pistola en la mano, apuntando hacia el borde de la arena seca.

Pero no era necesario.

La duquesa de Montpelier se acercaba a ellos, lentamente, con una sonrisa amable en su simpático rostro de anciana aristócrata. Tras ella, quedaba una camioneta, sobre cuya cabina se veía una grúa de tracción giratoria a mano, con una enorme manivela y un gran rollo de fino cable enrollado en el eje.

—Parecen ustedes cansados, caballeros.

—¿Qué esperaba? —Gruñó Wallace.

—Bueno… Piensen en lo que habría sido esta búsqueda sin saber dónde estaba precisamente el satélite. —Miró hacia la playa—. Pero no lo veo…

—Ha vuelto a hundirse. Nash le quitará ahora el agua del depósito de inmersión.

—Oh… Bien, les he traído lo mejor que he podido encontrar. Estoy segura de que con esa grúa podrán subir el satélite a la camioneta. Mmm… Después de eso, ya no habrá dificultades para llegar arriba, a la casa. Ah, un detalle: me ha parecido prudente, en beneficio de ustedes, alejar de aquí a François, una vez que dejó la camioneta ahí arriba. Sé que no tendrán dificultades en hacerlo todo ustedes solos… ¿Me equivoco?

—No, señora. ¿Tiene… previsto algo más?

—Todo… A medida que vayan sucediendo las cosas. Los espero en la casa, caballeros.

—¿Con todo un equipo fotográfico de revelado, copias…?

—Es posible, señor Wallace. Al fin y al cabo, ustedes han regalado dos millones de dólares para una obra benéfica. Lo menos que pueden esperar es… un buen servicio. Perdonen que no me quede aquí más tiempo, pero empieza a anochecer, y la humedad no me sienta bien… Con su permiso, caballeros…

—¿Se sabe algo de Nikolayev?

—Pues no… Temo que llegará tarde al reparto. Espero que no se disguste conmigo hasta el extremo de lastimarme. Lo sentiría por él, porque yo ya soy vieja, y la vida puede ofrecerme poco.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, señor López… Tengo el convencimiento de que la persona o personas que hiciesen daño a *madame la duchesse* de Montpelier, no podrían salir de la isla en menos de cien pedazos… Sería tan desagradable… No sé si conocen a los isleños. Son… apasionados, un poco… violentos, diría yo. Sobre todo, los mulatos, que tan indolentes parecen. La mayoría de ellos llevan a veces sus machetes de cortar la caña de azúcar. Son unos machetes pavorosos. Yo siempre les digo que sólo deberían llevarlos cuando están trabajando, pero es una de esas cosas en las que no me hacen el menor caso. Una vez hubo una riña entre dos mulatos. Recuerdo que el que quedó mejor parecía… Pero, por favor —sonrió—, ustedes van a disculparme si no entro en detalles de mal gusto.

—Por supuesto.

—Muy amables. Bien… Yo espero que el señor Nikolayev tenga el buen sentido de dar por zanjada la cuestión en cuanto el satélite sea llevado lejos de la isla. Olvidar la Martinica, olvidar a la duquesa de Montpelier, a Baptiste, a Monique… Algo que pasó y ya terminó. No sé si me explico bien, caballeros.

—Se explica maravillosamente.

—Ah, estupendo, estupendo, señor Wallace… Bien, los espero en la casa. Hasta ahora.

Se alejó, con su gracioso caminar de anciana ágil. Wallace refunfuñó algo, y López musitó, sonriendo:

—Vieja bruja… Ella es más lista que todos nosotros, Wallace.

—Me estoy convenciendo de ello. No ha podido decirnos con más claridad que cuando esto acabe nos olvidemos de ella y de todo. Y, por mi parte, pase lo que pase, le aseguro que así lo haré. Bien… ¿Trasladamos el cacharro ese a la camioneta?

—Claro.

Invirtieron en ello quince minutos solamente. El satélite, colocado sobre el tablón, fue arrastrado por la arena, y luego, deslizándolo por el mismo tablón, subido a la camioneta con relativa facilidad, gracias a la grúa manual, con su fuerte cable.

—¿Sabrá abrirlo, Nash? No nos venga ahora con la broma de que no sabe cómo sacar los microfilmes de ahí dentro…

—Recibí una serie de instrucciones… Espero que podremos conseguirlo, Leduc.

—Pues en marcha. Yo mismo llevaré la camioneta.

Pasó al volante, y Nash a su lado, en la cabina. López y Leduc fueron a la caja de la camioneta, con el satélite. Cuando la camioneta se detenía ante la casa, ya era casi de noche. El cielo tenía aquel tono rojo violento, y ya se veían estrellas, con un tono pálido, como pequeñas luces lejanas haciendo señales…

López saltó de la camioneta y Leduc le siguió. Nash y Wallace salieron de la cabina, y los cuatro quedaron reunidos en la parte posterior del camión, mirando el satélite-espía.

—Es hermoso —musitó Leduc—. Yo creo que hasta en las cosas mecánicas hay algo bello. En realidad, todo lo que el hombre ha sabido construir tiene una belleza que… ¿Qué hace, López?

Lorenzo López había retrocedido unos pasos, y ahora les apuntaba con su pistola. Al mismo tiempo, se llevaba dos dedos a los labios, y lanzaba dos cortos silbidos. Inmediatamente, de la arboleda próxima a la piscina aparecieron dos hombres, que se acercaron a toda prisa. Cada uno de ellos llevaba una metralleta, asegurada al cuello por una correa de cuero.

—Dámela —dijo López a uno de ellos, señalando la metralleta —. Y átalos bien a los tres. ¿Habéis visto a alguien más por aquí, aparte de los criados y la duquesa?

—El hombre que trajo la camioneta se fue con los dos criados. La duquesa entró en la casa.

—¿Está sola, entonces?

—Claro.

—Bien… Procuraré convencerla de que debe entregarme los dos millones de dólares.

—¿No se está precipitando, López? —susurró Wallace.

—«Pos» creo que no, inglés.

—Entienda una cosa: nuestros servicios secretos respectivos sabrán localizarle a usted. Sea cual sea el país al que verdaderamente esté sirviendo…

—Al suyo, por ejemplo, Wallace —sonrió el mexicano—. Al que más me pague. No sé si me entienden.

—¿No pertenece usted al Servicio Secreto mexicano?

—¡Pero claro que no, mi amigo…! Yo soy mi propio servicio secreto. Ustedes me llamarían un… mercenario del espionaje. Estoy al tanto de todo, vigilo… Y cuando hay algo bueno, intervengo. Consigo lo que quiero y entonces lo ofrezco al mejor postor. De momento, llevo ganados un millón quinientos mil dólares, que la duquesa será tan amable de entregarme, junto con mis quinientos mil dólares. Luego, ofreceré el satélite-espía de los yanquis a quien mejor me pague. Espero que podré ponerme en contacto con Ivan Nikolayev. Pero, claro, si alguno de ustedes está dispuesto a darme más… ¿Señor Nash?

—Cerdo —dijo Nash.

—¿Señor Wallace?

—Otra vez cerdo, López.

—Vamos, vamos… No se lo tomen así. Admitan que ustedes, por caballeros del espionaje que parezcan, estaban dispuestos a hacer alguna sucia jugada como ésta. Todo lo que he hecho yo ha sido adelantarme. Sólo eso, señores… ¿Leduc?

—No hay trato, mercenario.

López se adelantó, golpeó a Leduc con la culata de la metralleta en el estómago y luego en la barbilla. Lo derribó, y cuando lo tuvo a sus pies le dio un feroz puntapié en los riñones.

—Átalos —dijo secamente—. A los tres.

—¿Hasta dónde cree que podrá llegar con ese trasto, López?

—Hasta donde yo quiero, Nash. A unas tres millas de aquí, seis hombres a mis órdenes me están esperando, en un yate. Cargaremos allá el satélite, lo llevaremos a lugar seguro y entonces lo ofreceremos a diversos organismos. No sea estúpido, hombre: lo tengo todo calculado y arreglado… ¿Has traído la bomba, José?

—Claro.

—Bien. Acaba de atarlos y llévalos a la bodega. La encontrarás fácilmente. Los dejas allí, pones la bomba para dentro de media hora y te das una vuelta por la casa hasta encontrarme. Entre los

dos encontraremos a la vieja, se esconda donde se esconda. Ya debe de saber lo que está pasando, y… —sonrió fieramente—, y me pregunto si se siente tan segura y tan señorial. ¿Están bien atados?

—Que sí, hombre.

—Pues vamos a la casa. Tú, Evelio, quédate junto a la camioneta; nos servirá para llevar el cacharro este al yate. Vamos, José.

Nash y Wallace ayudaron al maniatado Leduc a caminar hacia la casa. Cuando entraron, no se oía nada, ni el más leve ruido. Debía de ser cierto que Baptiste y Monique se habían marchado. Pero la duquesa, no… Ella estaba allí, escondida en cualquier sitio.

—Llévalos abajo. Te espero por aquí. Si ves a la vieja, no la mates… Quiero divertirme un poco.

—Bueno.

José fue hacia la bodega, llevando a los tres espías por delante, siempre bajo la amenaza de la metralleta.

Bajo el brazo izquierdo, el paquete que contenía la bomba de tiempo.

Lorenzo López estuvo casi diez minutos recorriendo la casa, cada vez de peor humor. La «vieja» no aparecía por ningún lado. Decidió bajar al sótano. La puerta estaba abierta. En un lado, una bombilla, encendida. Al fondo, cinco hombres, sentados en el suelo, atados. Todos de pies y manos, ahora.

Sorprendido, se acercó a ellos. Su sorpresa aumentó al reconocer al ruso Ivan Nikolayev. Al otro no le conocía.

—Vaya… ¿No es sorprendente esto? —rió—. Encierro a tres hombres y ahora tengo cinco bien amarraditos… Jugadas del espionaje, ¿no es cierto? ¿Quién de ustedes metió aquí esta noche al pobre Nikolayev? ¿Y al otro? ¿Quién es este otro? ¿Quién lo atrapó? ¿Se dan cuenta como no soy el único en jugar sucio? Las cosas están tan claras… Alguno de ustedes atrapó a estos dos y los metió aquí, atados como esclavos… Y siguió su juego. Bien, pues… tengo que dejarles, señores. Oh…, lamento que no podamos volver a vernos, pero…

Señaló encima de uno de los toneles. Allí estaba, bien amarrada, la bomba de relojería. Cuando López calló, se oyó claramente el rítmico, continuo «tic-tac, tic-tac»…

—Creo que sólo les quedan veintidós minutos de vida. Adiós,

colegas.

Salió de la casa. Al pasar por delante de la puerta del salón, miró hacia dentro. Pero estaba a oscuras.

—José —llamó—… ¡José!

José no contestó, y López siguió su camino, hacia fuera de la casa, ignorando que José no podía contestarle por la contundente razón de que yacía degollado detrás del gran sofá del salón, con los ojos muy abiertos, sorprendidos, asustados…

López salió de la casa y vio a Evelio en la cabina, ante el volante, apoyado cómodamente en el respaldo.

—¿No ha salido José, Evelio?

Evelio tampoco contestó. Ya casi irritado, López se acercó a la camioneta, alzó la mano y movió un hombro de Evelio.

—¡Te estoy preguntando…!

Evelio cayó hacia él, hacia la ventanilla. Su rostro quedó muy cerca del de Lorenzo López, que tras mirar los ojos cristalizados ya, vio el gran tajo en la garganta de su compañero; la cabeza se ladeaba trágicamente, suelta, como a punto de caer.

—¡Evelio! —chilló el mexicano.

—¿Alguna contrariedad, señor López? —Oyó tras él.

Se volvió rabiosamente casi apretando el gatillo. Pero pudo reprimirse. Ante él, encorvada, apoyándose en el bastón, estaba solamente la vieja duquesa.

—¿De dónde sale usted? —Casi gritó López.

—Pues… No sé… No le entiendo. He estado paseando por el jardín…

—¿Y sus criados?

—Los alejé de aquí, claro, porque presentía el peligro; los estimo mucho, señor López.

—¿Y no se estima usted a sí misma?

—También… Pero menos. Ese hombre al que llamaba antes…, José creo que decía usted…, ¿es un mexicano bigotudo, más bien bajito, con los ojos muy pequeños?

—Sí… ¿Lo ha visto?

—Sí, sí… Lo sorprendí en el salón, y quiso golpearme. Eso me desagradó tanto que lo degollé.

—¿Está loca?

—¿Sabe, señor López? Tengo una gran paciencia con los

espías… Procuro no abusar de la muerte. Pero cuando me encuentro con personajes como usted, como ese pobre Evelio, como José, pues… me disgusto mucho. ¿No ha visto a José? El pobre se sorprendió tanto cuando una viejecita lo degolló limpiamente…

¡Zas!…, y quedó muerto. Evelio estaba sentado en la cabina cuando me vio acercarme. Se quedó mirándome, riendo bajito… Estaba divertido. Me dijo: «Ya verás, vieja asquerosa, cuando te encuentre Lorenzo…». Evelio era muy maleducado, señor López. Mucho, mucho, mucho… Clasifiqué enseguida su carácter: de esos que matan y se ríen, muy divertidos. Yo diría que él se estaba divirtiendo ya pensando en lo que usted podría hacer con una pobre vieja como yo… Entonces, lo degollé, para que no se divirtiera tanto.

—La voy a hacer pedazos, vieja chiflada —jadeó López.

—Sí… Bueno, ya he supuesto que sus intenciones no serían muy buenas hacia mí. Es claro: a fin de cuentas, trabajamos para bandos opuestos. Oh, señor López, ¡qué decepción cuando me he enterado de que usted es un espía mercenario…! Casi me resultaba usted simpático, pero ahora… Yo diría que hasta es capaz de disparar contra una pobre anciana. ¿Acierto, señor López?

—Por completo, vieja bruja.

—No debe usted ser tan grosero… Sabe, hasta para matar hay que tener… elegancia. Se puede matar con buenos y con malos modales… Yo, personalmente, prefiero los buenos modales en todo momento. Claro que yo, señor López, soy una espía de categoría, y usted, como bien dijeron Nash y Wallace, es un simple cerdo.

—¡Te vas a tragar la lengua, vieja hipócrita…!

Lorenzo López movió las manos hacia la metralleta, para alzarla y disparar contra la anciana *madame la duchesse* de Montpelier. ¡Era tan fácil…!

Pero la anciana saltó con pasmosa agilidad hacia un lado. Tiró del puño de plata de su bastón, y un largo estilete brilló a la luz de la luna, ya en el cielo.

Lorenzo López casi no tuvo tiempo de asombrarse de nada. El brazo derecho de la anciana se movió vigorosamente hacia delante, y la finísima hoja de acero rasgó el aire con seco silbido, que se truncó cuando la punta, y luego casi todo el acero, se clavó en la garganta de Lorenzo López, empujándolo violentamente contra la

caja del camión, donde quedó clavado por la garganta, muerto instantáneamente.

* * *

Los ojos de los cinco hombres se abrieron, llenos de esperanza, cuando la vieja duquesa apareció en lo alto de la escalera que descendía a la bodega. La dama parpadeó, apresuró casi cómicamente el paso y llegó ante ellos. Se quedó mirándolos muy asombrada, mientras los cinco se esforzaban en gritar a través de sus solidísimas mordazas, y miraban ansiosamente hacia la bomba de tiempo que había sobre el tonel, a sólo dos minutos de la explosión.

—Pero… Señores…, ¿qué está ocurriendo? Oh, señor Nikolayev… Creí que estaba usted lejos…

—¡MMMM! —quiso gritar Nash, mirando con desespero hacia la bomba de relojería—. ¡MMM…!

—Oh, sí, señor Nash, los voy a desatar… No comprendo esto… Deberán ser pacientes conmigo. Mis pobres dedos, tan viejos, ya no tienen fuerza.

Se inclinó junto a Nash, con simpático quejido de anciana decrépita. Pero, cosa asombrosa, las ligaduras saltaron muy pronto. Nash dio un tirón a sus muñecas, y luego se quitó la mordaza de un tirón.

—¡La bomba! —chilló, jadeante—. ¡La bomba, duquesa!

Annette Simonet miró hacia allí, frunció el ceño, y mientras Nash daba frenéticos tirones a las cuerdas que todavía sujetaban sus muñecas, ella cogió el artefacto y se quedó mirándolo con curiosidad.

—Parece un reloj…

—¡Tráigalo! —gritó Nash—. ¡Tráigalo aquí inmediatamente!

Annette obedeció, calmosamente. Malcom Nash le quitó la bomba de un manotazo, la abrió por detrás

y dio un tirón que arrancó tres hilos enfundados en plástico rojo, y el «tic-tac» dejó de oírse. Casi al mismo tiempo, Malcom Nash se derrumbó hacia la pared, lívido como un cadáver.

—Dios… Dios mío…

—¿Se encuentra mal, señor Nash? ¿Quiere un poco de vino de

mi bodega?

Nash la miraba como sin verla, jadeando lentamente. Miró a los demás, todos ellos con la frente llena de sudor, pero ya cerrados los ojos, tranquila la expresión.

—No, *madame la duchesse* —musitó—. Muchas gracias, pero no necesitamos vino... ¿Y López?

—Pues no sé... Cuando regresé no vi a ninguno de ustedes, y no sé por qué se me ocurrió venir aquí... ¿Qué ha ocurrido?

Nash estaba desatando ya a Wallace, el cual, apenas libre, empezó a desatar a Leduc... En menos de dos minutos, los cinco hombres estuvieron libres, y, sin una sola explicación, se lanzaron escalera arriba...

—Desagradecidos —sonrió juvenilmente la duquesa—. Eso es lo que son: unos terribles desagradecidos. Y subió ágilmente la escalera.

* * *

Los cinco hombres regresaron casi dos horas más tarde, derrengados, brillantes los ojos, furiosos, exasperados.

—Lo ha conseguido... López se ha llevado el satélite, señora duquesa.

—¿López? Pero yo creí que habían hecho un pacto... amistoso.

—¡Qué amistoso ni qué...! ¿Dónde ha estado usted?

—Pues... Bueno, François le dijo a Baptiste que su esposa parecía muy deprimida, y los dejé ir a los dos a Lamentin... Bueno, es que Monique es hija de François, ¿saben? Y la esposa de Baptiste, o sea, la madre de Monique, está enferma en Lamentin. Ella también trabaja para mí, pero, claro, estando enferma... Está en el hospital, y cuando ellos dos quisieron ir a verla, pues los acompañé...

—¡Un tipo dijo que usted se había quedado!

—Ah, no, no, señor Wallace... Por favor... ¿Duda usted de mi palabra? Me decepciona usted. Le aseguro...

—¡Está bien, está bien...! ¡López se ha largado con el satélite, con todo...! ¡Pues nosotros queremos nuestro dinero!

La expresión de *madame la duchesse* fue de lo más consternada.

—Pero, señor Wallace..., ¡ya no tengo ese dinero! Aprovechando

que iba a Lamentin, lo llevé conmigo. Di un millón de dólares al hospital, precisamente… Medio millón al barrio de Saint Jacques, tan maltratado el pobre… Cien mil dólares a…

Melchior Leduc alzó ambas manos, sonriendo.

—No siga, señora… Entendemos que se ha… apresurado usted a llevar a cabo sus obras benéficas.

—Pues sí… Créanme que siento que no hayan conseguido lo que querían, pero… No sé… No creo que sea culpa mía… Ustedes son espías experimentados, debieron prever lo que podía ocurrir… *Mon Dieu, monsieurs*… Les suplico que me comprendan; les facilité todo: molesté a mis amigos pidiéndoles cosas de sus tiendas, de sus almacenes, de sus casas… No fue fácil reunir todo ese equipo, pero todos colaboraron… ¿Qué culpa tenemos nosotros, los pobres isleños, si el señor López ha sido más listo que… la CIA, la MVD, el…?

—Usted me golpeó anoche —dijo de pronto Nikolayev—. Usted o Monique, que debía de estar en la cama de usted… Hay algo aquí que no me gusta, señora.

—Pero ¡señor Nikolayev…! ¿Qué dice usted? Cierto que yo pasé al dormitorio de Monique, porque no estaba tranquila. Pero le aseguro que en mi dormitorio no había nadie que yo conociese…

—Pues alguien me golpeó, y me quitó luego mis quinientos mil dólares, y me llevó al sótano…

—Por favor, señor Nikolayev… ¿Me está acusando de eso? Piense que pudo ser una cómplice del señor López… ¿Qué se yo, pobre de mí?

Melchior Leduc empezó a reír, quedamente.

—Yo me voy —dijo—. Hay que saber perder, colegas. Iré a preparar mi equipaje. Naturalmente, vendré a despedirme de usted, señora duquesa.

—Por supuesto, señor Leduc. Lo contrario me decepcionaría mucho… y me disgustaría. En realidad, todos ustedes, han sido tan amables, tan generosos…

* * *

El coche de *madame la duchesse* de Montpelier se detuvo delante de aquella bonita casa en el barrio residencial de Lamentin, lleno de

flores, palmeras… Baptiste ayudó a la señora a apearse, y luego se dirigió con ella hacia la casa. Una criada mulata salía ya corriendo a abrirles. Pocos segundos después ambos estaban dentro de la casa, y una dama de cabellos grises y mirada estupefacta señalaba una puerta a la duquesa. Ésta fue hacia allí, abrió y entró en aquel cuarto lleno de luz solar.

Cerca de la ventana, inclinada sobre una mesa, una dama de casi setenta años, de cabellos completamente blancos, porte aristocrático. Una dama que cuando se volvió parpadeó, aturdida, al ver ante ella, erguida, a otra señora casi idéntica.

—Oh… ¿Es usted, señorita…?

—Sí, señora duquesa. ¿Cómo va el libro de las gaviotas y todo eso?

—Oh, muy bien… Mi vista está ya muy cansada, mis manos son torpes…, pero voy saliendo adelante. Además, disfruto escribiendo este libro sobre cosas tan hermosas… ¿Disfrutó de mi villa? ¿Encontró el aerolito donde yo le dije?

—Por supuesto, señora —sonrió la que hasta entonces había sido duquesa de Montpelier—. Y todos se portaron muy bien: Baptiste, Monique, François… Todos. La quieren mucho a usted, señora duquesa.

—Les ayudo en lo que puedo… Cuando usted me llamó anteayer desde Lamentin, y me dijo que quería ayudarme en mis obras benéficas me alegré mucho. Y cuando pienso en su caracterización, casi me río… ¿Ninguno de mis amigos ha demostrado con su actitud que usted no era la duquesa de Montpelier?

—Ninguno —sonrió la falsa anciana—. Todos son muy astutos y serviciales. Bien… He venido a decirle que ya puede volver a su villa, señora duquesa.

—Oh, magnífico… ¡Son tantos años en el mismo sitio! Y… Bueno, no quisiera parecerle interesada, pero usted prometió ayudar en mi obra de beneficencia a cambio de toda esta… farsa. Comprenda…

—Lo comprendo, señora. Encontrará usted una pequeña limosna para sus amigos necesitados. Oh, y en paquete aparte, una cantidad para usted misma, a fin de que resuelva sus pequeños apuros de impuestos y cosas de ese tipo…

—Magnífico… Espero… que haya llegado usted a los… veinte

mil dólares, señorita… ¿Cómo dijo que se llamaba?

—¿Qué importa ya, señora duquesa? Y… Sí, he llegado a los veinte mil dólares. Ésos son para usted sola. Luego, hay dos millones cuatrocientos ochenta mil dólares para sus obras benéficas.

—Bueno… Como soy ya tan vieja… Creo que estoy un poco sorda. ¿Se reirá usted si le digo que he entendido un total de dos millones y medio de dólares?

—Es una broma divertida, ¿verdad? —sonrió la duquesa falsa—. Encontrará el dinero dentro de una de sus cubas vacías, señora duquesa… Espero que pronto podrá llenarla. Y ahora, créame que lo siento, pero debo dejarla ya. Ha sido un placer, señora duquesa.

—Oh, también para mí, hijita… ¿Sabe una cosa? Camina usted igual que yo, se parece a mí, tiene porte de duquesa… ¿Cómo lo ha conseguido?

—Es… cuestión de entrenamiento, *madame*. Hasta la vista.

* * *

Una hora y media después, *madame la duchesse*, la auténtica, recibía un paquete que, una vez abierto, mostró una peluca de cabellos blancos, dos finas fajas de presión, seis tarros de crema para maquillaje, un extraño aparato metálico que parecía estar hecho para adaptarse a la lengua, dos pequeños cristales que parecían esos lentes que se venden en las ópticas a quien no quiere llevar gafas…

—¿Qué es esto, Baptiste?

—No lo sé, *madame la duchesse*… Parece un… equipo de artista o algo así… De disfraz… No sé. Pero se lo envía aquella dama tan elegante y hermosa, aquella señorita que…

—Ya sé, ya sé… Era muy hermosa, ¿verdad?

—Mucho, *madame la duchesse*… Y muy elegante, muy precisa y exacta en todo. A veces… Bueno…, *madame la duchesse* me perdonará…

—Claro, Baptiste. Di lo que sea.

—Pues… Bueno, a veces, yo estaba convencido de que aquella hermosa y gentil señorita era de verdad *madame la duchesse*, dirigiendo todo ese… lío espantoso del espionaje científico o no sé qué… Con su permiso, *madame la duchesse*: el coche está esperando…

—Pues volvamos a casa —suspiró la vieja dama—. Espero que la muchacha de ojos azules no haya estropeado nada…

Este es el final

Brigitte Montfort alzó la cabeza y sonrió a su visitante.

—Oh, tío Charlie… ¿Se curó ya su resfriado?

Charles Pitzer asintió con la cabeza, se sentó en el sofá, junto a la bellísima espía, y musitó:

—Lo ha conseguido. El hombre que enviamos a la Martinica recuperó el satélite-espía.

—¡Maravilloso, querido…! ¿Cómo lo consiguió?

—Es una historia… curiosa, relacionada con la duquesa de que le hablé… ¿La recuerda?

—¿La duquesa de… Montpelier?

—Exactamente. El hombre que enviamos allá se metió en un lío, y perdió la partida. Cuando subió a recoger sus cosas y su maleta, encontró un papelito en la maleta, diciéndole que el satélite S. S.-4 estaba escondido en tal sitio. Se llegó a Lamentin, se volvió loco pidiendo ayuda…, y a las pocas horas el satélite, completo, con sus fotos interesantísimas, estaba en un portaaviones de la U. S. Navy. Pero lo más curioso no es eso. Lo curiosísimo es que, cuando nuestro agente en Martinica fue a saludar, al día siguiente, a la duquesa de Montpelier, porque le había resultado muy agradable, se encontró con una dama a la que no conocía.

Los dulcísimos ojos azules parpadearon, quizá para ocultar aquella chispa de cariñosa burla en el fondo de las pupilas.

—No comprendo, tío Charlie…

—¿Dónde ha estado usted estos cuatro días?

—Aquí… ¿No?

—Aquí, desde luego, no.

—Oh… Ah, es cierto… Ya sabe que tengo un *cottage* cerca del lago… Estuve allá estos días…

—Tampoco estuvo allí, porque Simón estuvo llamándola a esa cabaña de junto al lago dos días seguidos cada hora. Es decir,

cuarenta y ocho llamadas sin respuesta. Y Peggy no sabía dónde estaba usted. ¿Dónde ha estado realmente, Brigitte?

—Oh, pues… Querido, no tengo tanta memoria… Ah, sí, estuve invitada en la quinta de unos amigos… Los Carrington.

—¿De veras? Precisamente, cuando vine aquí a verla, coincidí con *mistress* Carrington, que había venido a visitarla… Y no dijo que usted estaba en su quinta.

—Caramba —sonrió Baby Montfort—. No sea pesado, tío Charlie. En algún sitio debo de haber estado, ¿no?

FIN

Notas

[1] ¿De verdad es la señora duquesa?, en francés. < <

[2] Bah, pequeño… No tienes suerte, desde luego, en francés. < <